

Universidad Pedagógica Nacional
Facultad de Ciencias Sociales
Maestría en Estudios Sociales
Línea Construcción Social del Espacio

**Imaginarios, significados y formas de apropiación espacial en los festivales de
música en Bogotá por la generación de millennials usuarios del programa Échele
Cabeza**

Tesis presentada por:
Juliana Andrea Angarita Niño

Directora:
Stephanía Martínez-Ruiz

**Trabajo de grado presentado como requisito parcial para optar al título de
Magíster en Estudios Sociales**

Bogotá D.C., Colombia
Diciembre de 2025

Título:

Imaginarios, significados y formas de apropiación espacial en los festivales de música en Bogotá por la generación de millennials usuarios del programa Échele Cabeza

Autora: Juliana Andrea Angarita Niño

Institución: Universidad Pedagógica Nacional – Facultad de Ciencias Sociales,
Maestría en Estudios Sociales

Directora: Stephania Martínez-Ruiz

Lugar y fecha: Bogotá D.C., Diciembre de 2025

Nota: La autora declara que el contenido de este trabajo es producto de su propia investigación, que se han citado debidamente las fuentes consultadas y que se respetan los derechos de autor de conformidad con la legislación colombiana vigente.

Tabla de Contenido

Resumen	5
Abstract.....	6
Introducción.....	7
Planteamiento del problema.	9
Objetivos.....	11
Estado del arte.....	11
Marco Teórico.....	19
Geografía de la percepción y de los imaginarios.	19
Significados y formas de apropiación en la vida cotidiana.	22
Socio-semiótica del espacio público.	23
Territorio musical.....	25
Marco Metodológico.....	28
Elección y Justificación de los Instrumentos de Recolección de Datos.....	29
Análisis de la información.....	32
Objeto de Estudio.....	32
Consideraciones éticas de la investigación	45
Procedimiento para el análisis de resultados.....	45
GEOGRAFÍA DE LA PERCEPCIÓN Y DE LOS IMAGINARIOS EN EL DESARROLLO DE LOS FESTIVALES MUSICALES.	46
La percepción del espacio.....	47
SIGNIFICADOS Y FORMAS DE APROPIACIÓN DE LOS FESTIVALES DE MÚSICA EN LA VIDA COTIDIANA DE LOS CONSUMIDORES DE SPA.	62
Socio-semiótica del espacio público.....	68
El espacio público como construcción social: de escenario a agente simbólico.....	69
Prácticas materiales y simbólicas: millennials consumidores de SPA asistentes a festivales musicales como productores de significado.....	70
Tensión, disputa y resignificación: el espacio público como texto en movimiento.....	72
LOS TERRITORIOS MUSICALES EN EL MARCO DEL CONSUMO DE SPA EN LOS FESTIVALES DE MÚSICA.....	74
Influencia de las prácticas musicales en la construcción de los imaginarios colectivos sobre el espacio público.....	74
Influencia de los procesos de apropiación cultural y resignificación musical en la construcción de memoria colectiva e identidad urbana	77
Construcción y transmisión de las formas de apropiación territorial a través de prácticas musicales que se llevan a cabo en el espacio público.....	79

CARACTERIZACIÓN DE LOS ESPACIOS DONDE SE REALIZAN LOS FESTIVALES DE MÚSICA SEGÚN EL CONSUMO DE SUSTANCIAS PSICOACTIVAS.	84
Conclusiones.....	88
Recomendaciones	92
Obstáculos.....	94
Bibliografía.....	96
Anexos.....	98

Resumen

La investigación que aquí se presenta caracteriza los espacios donde tienen lugar los festivales de música en Bogotá, en los cuáles podría haber consumo de drogas por parte de la generación de los millennials. El enfoque cualitativo --desde la geografía de los imaginarios, la sociosemiótica del espacio, la apropiación simbólica-- pone de manifiesto cómo la música, el cuerpo y las emociones conforman una nueva forma de habitar y significar el espacio urbano. Los resultados evidencian que los festivales son territorios simbólicos donde se reconocen identidades, memorias, prácticas culturales, tensiones de clase y género. Por otra parte, se demuestra también que el consumo de drogas, en vez de estar desvinculado de la experiencia festivalera, forma parte de la experiencia festiva, articulando sensaciones, estados de ánimo y códigos culturales. Por último, se concluye que los millennials reconfiguran el sentido del espacio público en sus prácticas de libertad, de expresión y resistencia simbólica, lo que aporta a una línea de investigación sobre la construcción social del espacio y abre nuevas posibilidades para pensar la ciudad como lugar de encuentro, diferencia y creación colectiva.

Palabras clave: festivales de música, geografía de la percepción y de los imaginarios, significados y formas de apropiación de la vida cotidiana, socio-semiótica del espacio público y territorios musicales.

Abstract

This research characterizes the spaces where music festivals take place in Bogotá, within which drug use may occur among the millennial generation. The qualitative approach—grounded in the geography of imaginaries, the socio-semiotics of space, and theories of symbolic appropriation—reveals how music, the body, and emotions shape new ways of inhabiting and attributing meaning to urban space. The findings show that festivals function as symbolic territories where identities, memories, cultural practices, and class and gender tensions intersect. Moreover, the study demonstrates that drug use, rather than being detached from the festival experience, constitutes an integral part of it by articulating sensations, moods, and cultural codes. Ultimately, the research concludes that millennials reconfigure the meaning of public space through practices of freedom, expression, and symbolic resistance, contributing to the research line on the social construction of space and opening new possibilities for understanding the city as a site of encounter, difference, and collective creation.

Keywords: music festivals, geography of perception and imaginaries, meanings and forms of everyday spatial appropriation, socio-semiotics of public space, musical territories.

Introducción.

Ante la creciente visibilidad de los programas de reducción de riesgos y daños, como Échele Cabeza, en espacios de fiesta y festivales en Bogotá, surge la necesidad de explorar académicamente las percepciones, los significados y las formas de apropiación que se configuran dentro de estos escenarios por parte de sus asistentes, en particular aquellos que consumen sustancias psicoactivas. Estos programas, que operan en el marco de la salud pública, buscan promover un uso más informado y responsable de sustancias tanto legales (como el alcohol o la nicotina) como ilegales (como el cannabis, la cocaína, el tusi o el éxtasis). Sin embargo, los enfoques predominantes sobre este fenómeno han estado anclados casi exclusivamente en el campo biomédico o epidemiológico, dejando de lado su dimensión social, cultural y simbólica.

Los festivales de música pueden comprenderse como espacios socialmente producidos donde se articulan prácticas cotidianas, experiencias sensibles y significados colectivos que configuran formas particulares de apropiación del espacio (Henri Lefebvre, 1991).

Los espacios de fiesta no son únicamente escenarios de consumo o recreación. Son también espacios donde se construyen identidades, se generan vínculos sociales y se experimentan formas alternativas de percepción y vivencia del entorno urbano. En estos escenarios emergen sentidos colectivos, prácticas rituales, estéticas particulares y códigos culturales propios de las subculturas juveniles, que interactúan y resignifican los discursos institucionales sobre la salud, el orden y la legalidad.

En este sentido, realizar una investigación que tenga en cuenta la percepción del espacio por parte de consumidores de sustancias psicoactivas que asisten a festivales o fiestas es fundamental por diversas razones:

En primer lugar, permite visibilizar cómo estos espacios funcionan como territorios simbólicos en los que se entrecruzan placer, riesgo, identidad y resistencia. Estudiar las formas en que los usuarios perciben, habitan y resignifican estos entornos contribuye a comprender las dinámicas culturales que subyacen a las prácticas de consumo, más allá de su dimensión meramente individual o clínica.

En segundo lugar, conocer la experiencia subjetiva y colectiva de los consumidores resulta clave para el diseño de estrategias de intervención integrales, humanizadas, contextualizadas y efectivas. Las políticas públicas y los programas de reducción de daños, las cuales son estrategias públicas y comunitarias encaminadas a disminuir las consecuencias negativas asociadas al consumo de SPA, pueden beneficiarse de esta mirada comprensiva, en la medida en que reconoce a los consumidores no solo como sujetos de riesgo, sino como actores sociales capaces de tomar decisiones, tener herramientas de respuesta en sus contextos, construir sentidos y ejercer formas activas de apropiación del espacio.

Además, los espacios de fiesta se configuran como escenarios donde los jóvenes (especialmente aquellos pertenecientes a la generación Millennial) buscan experiencias de conexión emocional, experimentación sensorial, libertad corporal y pertenencia grupal. Estas vivencias, muchas veces incomprendidas o estigmatizadas, tienen un profundo valor simbólico y social que debe ser reconocido en las políticas públicas y en los marcos analíticos de la salud urbana.

Por otra parte, un estudio de este tipo permite identificar patrones de comportamiento y de uso del espacio que pueden ser claves para mejorar la seguridad, el bienestar y la gestión

de los entornos festivos. Desde la organización del espacio físico hasta la presencia de dispositivos de atención y acompañamiento, el análisis de estas dinámicas puede aportar información práctica valiosa.

Finalmente, este enfoque sociocultural también contribuye a desestigmatizar las prácticas de consumo recreativo, muchas veces reducidas a lecturas moralistas o criminalizantes. Comprender el papel que juega el entorno, los imaginarios colectivos, y las emociones asociadas al consumo en fiestas permite construir discursos alternativos que promuevan una ciudadanía más informada, inclusiva y respetuosa de las diferencias.

Así, esta investigación se propone explorar el vínculo entre la percepción del espacio, el consumo de sustancias psicoactivas y las formas de apropiación en contextos festivos urbanos. De ello surge la pregunta central que orienta este estudio:

¿Qué ocurre al interior de los espacios donde se desarrollan los festivales de música en Bogotá en los cuales podría haber consumo de sustancias psicoactivas por parte de la generación de los Millennials?

Planteamiento del problema.

En las últimas décadas, Bogotá se ha consolidado como un escenario clave para la realización de festivales de música que convocan a miles de personas, especialmente jóvenes de la generación de los Millennials. Estos espacios festivos, más allá de su función artística y recreativa, han adquirido un significado social y cultural profundo, funcionando como territorios de encuentro, expresión identitaria y resignificación del espacio urbano. En este contexto emergen diversas prácticas y fenómenos, entre ellas, el consumo de sustancias psicoactivas que suscitan debates en torno al uso del espacio público, las dinámicas juveniles, y las formas de control institucional.

La generación Millennial (Concepto definido en la pagina 32 de este texto) , con su vínculo fuerte a lo experiencial, lo tecnológico y lo social, habitan y sienten los festivales de música en formas muy particulares. Esto dota a estos escenarios de significados simbólicos que movilizan tanto trayectorias individuales como los imaginarios colectivos. Sin embargo, desde una perspectiva sociológica, se ha indagado poco sobre cómo esta generación interpreta, se apropia, y resignifica estos espacios festivos, y cómo estas percepciones se relacionan con prácticas como el consumo de sustancias psicoactivas, un tema bastante estigmatizado. 1

Este vacío en la investigación resulta prioritario, dado que la restringe la comprensión de los festivales de música no solo como eventos culturales, sino también como escenarios sociales que integran diversas capas de significado, simbolismo y conflicto espacial. En particular, es necesario indagar en qué formas se construyen los significados de estos espacios por parte de los Millennials, qué formas de apropiación surgen de dichas significaciones, y en qué formas son guiadas por las experiencias sensoriales, emocionales y culturales que configuran su identidad.

Por lo tanto, a esta investigación le interesa caracterizar los espacios en Bogotá donde se sitúan los festivales de música, especialmente aquellos donde se podrían presentar prácticas de consumo de sustancias psicoactivas especialmente por miembros de la generación de los millennials, con el objetivo de recoger sus relatos y vivencias en torno a estos, y así responder a sus significados y explicaciones de uso.

Con base en lo anterior se plantearon los siguientes objetivos con los cuales se busca dar respuesta a la pregunta de investigación propuesta al comienzo de este trabajo:

Objetivos

General: Caracterizar los espacios donde se desarrollan los festivales de música en Bogotá en los cuales podría haber consumo de sustancias psicoactivas (SPA) por parte de la generación de los Millennials.

Específicos:

- a. Describir como es la percepción de los espacios designados para la realización de festivales de música en Bogotá por parte los consumidores de SPA de la generación de los Millennials.
- b. Establecer los diferentes significados que le dan a estos espacios las personas las consumidoras de SPA.
- c. Explicar de qué manera se producen las diferentes formas de apropiación en estos espacios donde se llevan a cabo los festivales de música y como se ven influenciadas por la percepción y el significado que se les atribuye.

Estado del arte

Durante el rastreo de fuentes se presentaron una serie de hallazgos importantes los cuales sirvieron para dar o quitar fuerza a algunas de las hipótesis que se tenían e ir ahondando sobre el tema de investigación. Para el desarrollo de este punto se realizó una búsqueda bibliográfica exhaustiva y se organizó en dos matrices diferentes, una para los antecedentes de la línea y otra para los antecedentes del estado del arte, en las cuales se detalló el autor, el título del trabajo, el tema, el año de publicación, los principales autores trabajados en cada uno de los documentos, las principales categorías identificadas y un

pequeño resumen de cada uno de los artículos que permitieron organizar la información de una forma más adecuada y estructurada.

Si bien se revisaron un total de 134 trabajos (49 de los antecedentes de la línea y 85 de los antecedentes del estado del arte de otras fuentes) se eligieron un total de 31 (13 de los antecedentes de la línea de la maestría y 18 de los antecedentes del estado del arte de otras fuentes), posteriormente de estos 31 artículos se seleccionaron finalmente 8, debido a que en los seleccionados anteriormente muchas de las conclusiones fueron iguales o similares por lo cual se entran a detallar los más relevantes y los aportes de estos al tema de investigación.

Con respecto a los antecedentes de la línea en el trabajo “Imaginario urbanos en la construcción dialéctica del espacio, El caso de la Ciudadela El Recreo” elaborado por Luis Enrique Lengua Otavo en el año 2019 se identificaron practicas espaciales asociadas a las concepciones, las percepciones y las vivencias a partir de la influencia de los imaginarios urbanos, es decir que la forma de habitar y de socializar con su entorno hacen visibles las experiencias que hacen parte de la construcción social del espacio. De tal forma que se puede pensar que hay una similitud en cómo se da la construcción social del espacio por parte de las diferentes personas o grupos de personas en otros ámbitos como en el de los espacios designados para la realización de fiestas/festivales (Lengua-Otavo, 2019).

En cuanto al trabajo que se titula “El lugar en la palabra, la palabra en la experiencia, la experiencia en el espacio. Sentidos y significados de lugar en miembros de un club social campestre a las afueras de Bogotá” elaborado por Johanna Marcela Novoa Peñaloza en el año 2018, se pudo identificar que el valor del lugar cobra sentido en tanto los sujetos involucrados emotivamente con él, reproducen sus valores mediante sus prácticas y acciones, de esta forma, un lugar no solo tiene valor por a experiencias positivas o negativas que en él se dan, sino porque la experiencias de algunas personas como de otras han permitido

configurar el sentido que dos o más partes pueden construir de un lugar, es decir que una experiencia poco agradable para un sujeto no deja de ser oportunidad de una experiencia agradable para otro. De esta manera se puede pensar entonces que al interior de los espacios de fiesta se podría presentar esta misma dinámica y que debemos tener en cuenta las experiencias de todos los que convergen en estos espacios, los consumidores y los no consumidores, de esta manera se va ampliando el espectro (Novoa-Peñaloza, 2018).

En el trabajo titulado “El Theatrón y La Playa, territorios musicales. Un estudio desde la Nueva Geografía Cultural en el sector de Chapinero Central UPZ 99, Bogotá D.C.” escrito por Avril Esnehyder Cotacio Chilito en el año 2014 se hace un abordaje importante sobre los procesos de territorialización y desterritorialización vinculados a manifestaciones artístico-musicales que han incidido en la configuración socio-espacial de La Playa y El Theatrón, en este trabajo se presenta a la música como una forma alternativa de analizar los territorios en la que se hacen presentes otros actores que intervienen en la configuración de los territorios musicales y que modifican los mensajes y sonidos de acuerdo a los contextos a los que estos se dirigen, de esta forma la música genera procesos identitarios locales y globales, pero a su vez se nutre de ellos para ser transformada y apropiada, además se logró comprender que existen una serie de factores multidimensionales que intervienen en las dinámicas espaciales para consolidar espacios de reconocimiento individual y colectivo (Cotacio-Chilito, 2014).

En el trabajo “Prácticas sociales y ciudadanía en espacios públicos de Bogotá, Caso Zona El Tintal” elaborado por Diego Ariza en el año 2012, permitió identificar que el espacio público se construye socialmente a partir de la experiencia espacial, debido a la importancia que otorgan los sujetos al sector y a los espacios públicos a través de sus percepciones. En este caso puntualmente se estudió el sector del Tintal, pero debido a que las fiestas y festivales en algunas oportunidades se realizan en espacio público sería importante resaltar que se

podría estar presentando la misma forma de percepción y significado de espacios como por ejemplo el parque Simón Bolívar, lugar emblemático de la ciudad que se ha caracterizado por ser el lugar predilecto para la realización de diferentes eventos culturales y musicales como Rock al Parque, Salsa al parque, Jazz al Parque y desde este año el Festival Estéreo Picnic (Ariza, 2012).

El análisis de los trabajos revisados ofrece una comprensión amplia sobre la construcción social del espacio en distintos contextos urbanos, con puntos de convergencia relevantes para el estudio de los espacios de festivales y fiestas. Por otro lado, el trabajo de Luis Enrique Lengua Otavo (2019) revela cómo los imaginarios urbanos influyen en la manera en que los individuos perciben, conciben y viven los espacios, destacando la construcción social del espacio a través de la interacción con el entorno. Este enfoque puede aplicarse a los espacios de fiesta, donde las prácticas espaciales también reflejan una construcción colectiva del lugar.

Por otro lado, Johanna Marcela Novoa Peñaloza (2018) subraya el rol de las experiencias subjetivas en la configuración del significado de un lugar, sugiriendo que, en los festivales, tanto las experiencias positivas como negativas de diferentes asistentes (consumidores de sustancias psicoactivas y no consumidores) contribuyen a la significación compartida del espacio festivo. Avril Esnehyder Cotacio Chilito (2014) profundiza en la territorialización y desterritorialización en espacios musicales, enfatizando cómo la música actúa como un agente de transformación y apropiación espacial, lo que es crucial para entender los procesos identitarios en festivales de música.

Finalmente, el trabajo de Diego Ariza (2012) sobre el espacio público en Bogotá, aunque centrado en un contexto diferente, aporta insights (percepciones o aportes clave) sobre cómo la experiencia espacial y las percepciones individuales contribuyen a la

significación de lugares emblemáticos como el parque Simón Bolívar, un sitio recurrente para festivales musicales. Estos antecedentes subrayan la importancia de considerar la interacción entre lo individual y lo colectivo en la construcción de los espacios de festivales, lo que ofrece un marco valioso para tu investigación sobre la apropiación y significación de estos lugares.

Los estudios revisados se han orientado hacia la comprensión de la construcción social del espacio a través de la interacción de los individuos con su entorno, considerando tanto las experiencias subjetivas como las dinámicas colectivas. Se ha puesto especial énfasis en cómo los imaginarios urbanos, las prácticas espaciales y las experiencias personales contribuyen a dotar de significado a los lugares, ya sean espacios públicos, residenciales o dedicados a eventos culturales y musicales. Además, se ha explorado cómo la música y otros factores culturales actúan como agentes de territorialización y desterritorialización, influyendo en la identidad de los espacios y de quienes los habitan. Estos estudios se han centrado en diferentes contextos urbanos, pero comparten un interés común en las formas en que las prácticas individuales y grupales configuran y reconfiguran el significado de los lugares, sugiriendo un enfoque multidimensional que integra la percepción, la vivencia y la apropiación del espacio. En resumen, la orientación general ha sido hacia la exploración de la relación entre las prácticas espaciales y la construcción de identidad en contextos urbanos diversos.

Ahora, con respecto a los antecedentes del estado del arte de otras fuentes, se resalta el trabajo de investigación titulado “La importancia y la apropiación de los espacios públicos en las ciudades.” Escrito por Jessica Monserrat Fonseca Rodríguez en el año 2014, se pudo identificar que el espacio público cumple con una gran variedad de funciones dentro la sociedad urbana moderna, funciones que no solo permiten el desarrollo de la cultura, sino

que también van a permitir la recreación personal y colectiva, el desarrollo físico y el encuentro e interacción con otros miembros de la sociedad. Los espacios públicos son lugares donde se desencadenan múltiples fenómenos, positivos y negativos, y adicionalmente reflejan los principales intereses de la ciudadanía. De esta manera estamos reforzando la idea de que estos espacios de fiesta al igual que los espacios públicos, cumplen una función social y son el lugar de encuentro e interacción con otras personas que tienen los mismos intereses (Monserrat-Fonseca, 2014).

En el ensayo titulado “Fiesta y vida” escrito por Fidel Sepúlveda Llanos en el año 2005, se pudo identificar que la fiesta es un acontecimiento fundamental en la vida individual y colectiva, en ella los sentidos, los sentimientos y las cosmovisiones hallan un horizonte más amplio para desplegar su potencial diferente al que se da en el quehacer rutinario. De esta forma se puede entender que la fiesta no tiene una función únicamente recreativa, sino que permite la apertura de los sentidos y la generación de nuevos sentimientos, lo cual permite que se vayan configurando los espacios de otras maneras (Sepúlveda-Llanos, 2005).

En el trabajo “Apropiarse de la ciudad. Relaciones entre espacio social y subjetividad.” elaborado por Erica Fagotti en el año 2014, se pudo identificar que existe una relación entre la producción social del espacio propio e íntimo y la construcción de identidades sociales, por lo cual se hace importante estudiar esta forma de articulación de los individuos en su práctica cotidiana por medio de las cuales se generan nuevas identidades, nuevos espacios, nuevos mundos para finalmente generar nuevas formas de coexistencia y de intimación. De tal manera que se podría considerar que al interior de los espacios de fiesta también se da la configuración de identidades basadas en la relación que tienen las personas con los mismos (Fagotti, 2014).

En el documento titulado “La construcción social de la memoria en el espacio: una aproximación sociológica” escrito por Edith Kuri Pineda en el año 2017, se puede identificar que –el habitar- como constructo sociohistórico y como praxis social desempeña un papel fundamental en la articulación de identidades y en la conversión de los espacios apropiados y habitados en espacios memorables. Por lo anterior se podría decir que los espacios designados para la realización de fiesta y festivales de música generan algún tipo de memoria tanto individual como colectiva lo que se desprendería de la apropiación social que tienen las personas o grupos de personas de los espacios de fiesta (Kuri-Pineda, 2017).

Hallazgos y Perspectivas: Balance de los recursos documentales y de producción académica.

Con el rastreo que se detalló anteriormente se pudieron precisar varias cosas, primero que la forma de socializar y habitar en su entorno de las personas hacen visibles las experiencias que hacen parte de la construcción social del espacio, que la apropiación social del espacio se puede dar de forma subjetiva según las experiencias positivas o negativas que se tengan en el mismo, además se puede decir que el significado que cada persona o grupo de personas le da a los mismos dependen de los intereses, las vivencias y de las formas de interacción al interior de los mismos.

Adicionalmente se pudo identificar que las formas de apropiación de los espacios, el significado y la percepción de estos ayudan a configurar una identidad ya sea propia o colectiva, de tal forma que se podría decir que los espacios de fiesta no solo cumplen la función social de esparcimiento, sino que es algo mucho más complejo en la medida en que también incide sobre las personas y grupos de personas. Que el valor del lugar cobra sentido en tanto los sujetos involucrados emotivamente con él, reproducen sus valores mediante sus

prácticas y acciones, dicho de otra forma, la configuración de los lugares se da por medio de la reproducción de valores y prácticas de las personas las cuales dotan de significado los mismos teniendo en cuenta las vivencia tanto positivas como negativas que ha tenido.

También se pudo identificar que la música es una alternativa para analizar los territorios ya que muchas veces se modifican los mensajes y sonidos según el contexto al que va dirigida, de tal forma que la música también genera procesos identitarios locales y globales.

Además, se pudo identificar que el espacio público cumple con una gran variedad de funciones como lo son el desarrollo de la cultura, la recreación personal y colectiva, el desarrollo físico y el encuentro e interacción con otros miembros de la sociedad. De esta manera se refuerza la idea inicial que se tenía de que la fiesta al igual que el espacio público cumple una función social y que al interior de ella se generan diversas prácticas que la caracterizan y son del interés de la ciudadanía.

Con respecto a lo anterior también se pudo identificar que la fiesta es un acontecimiento fundamental en la vida individual y colectiva y que al interior de esta los sentidos, sentimientos y cosmovisiones abren un horizonte más profundo diferente al que se puede dar en el diario vivir, por lo que se pueden configurar los espacios de otras maneras.

Por último, se hace importante destacar entre los hallazgos que existe una relación entre la praxis dentro del espacio con la construcción de la memoria de estos, es decir que no son cosas independientes, sino que tienen una constante interacción y que por lo mismo varían de una persona a otra.

Marco Teórico

Para la construcción del marco teórico que da sustento al presente trabajo de investigación, se plantearon 4 categorías:

Geografía de la percepción y de los imaginarios.

Las personas van, en un determinado contexto histórico y social, construyendo su propia realidad espacial; la que surge de la forma que interaccionan la dimensión estructural, la dimensión funcional y la dimensión simbólica. Estas tres dimensiones son la base de la geografía de la percepción y de los imaginarios espaciales; base que permite entender cómo las personas significan y comprenden los lugares que habitan, recorren y viven. No se trataría solo de reconocer la existencia de un soporte físico, sino de dar cuenta de cómo este soporte físico se convierte en espacio vivido a partir de las prácticas sociales, la dimensión afectiva de las relaciones humanas y las representaciones representativas que lo dotan de sentido.

En este proceso de construcción de la realidad social y del espacio como su representación, la socialización tiene un papel importante. Como apunta Lindón (2006), las personas construyen en sus interacciones cotidianas un "patrimonio de ideas e imágenes mentales" con el que relacionarse con el espacio y con el que las personas relacionan estos patrimonios en el espacio social. Esta red significativa, entendida y construida colectivamente, da coherencia a las percepciones individuales y genera un sentido común sobre los lugares. Los imaginarios espaciales pues no son representaciones individuales, son las construcciones intersubjetivas en las cuales organizan las formas de habitar, recorrer y apoderarse del territorio urbano.

Entendido como un proceso perceptivo relacionado con la experiencia vivida, el paisaje define otra forma de entender la construcción social del paisaje. El lugar imaginado

proporciona de algún modo el sustrato para proyectar significados emocionales y simbólicos sobre el paisaje convirtiéndolo, por tanto, en un espacio en el que se oscilan lo objetivo y lo subjetivo. Así, en la experiencia del paisaje se vierten las percepciones sensoriales, afectivas y estéticas que lo convierten en el espejo de las trayectorias, memorias y sentimientos de los que lo experimentan. De esta manera se matiza la idea de que el paisaje es solo paisaje que se observa: es el paisaje que se vive, que siente, que se resignifica constantemente desde la propia subjetividad de los actores sociales.

Lindón (2006) recae en la idea de que toda experiencia vital es experiencia espacial porque está atravesada por los significados que se les otorgan a los sitios. La espacialidad es parte constitutiva de la vida cotidiana que surge en las prácticas más rutinarias que a su vez van conformando una relación muy íntima entre el cuerpo, el espacio y el sentido. Esta forma de entender el paisaje permite captar cómo se van transformando los espacios urbanos a partir de las prácticas sociales en las que se pone de manifiesto en su dinamismo y relacionalidad y están cargados simbólicamente.

De acuerdo con Debarbieux (1995), imaginario geográfico hace referencia a un conjunto de imágenes mentales que dotan ya de coherencia y sentido, a partir de los fenómenos espaciales. Estos imaginarios conducen las percepciones y prácticas de las personas y de los grupos, articulando lo percibido con lo imaginado para la construcción de un espacio donde aquellos contenidos son el resultado combinado de las prácticas y de las imágenes dadas. Continúa cediendo a la noción que, en contraposición, el espacio urbano también representa un espacio imaginado, donde las mismas prácticas en las que se encuentran las manifestaciones en la ciudad, se reconfiguran a medida que se producen los relatos, las memorias, los vínculos y los valores de una comunidad que rememoran el espacio.

Como consecuencia también podemos considerar que los espacios deben concebirse no únicamente como estructuras físicas, las que acogen las actividades sociales, sino que como espacios simbólicamente saturados que al mismo tiempo condensan experiencias, emociones, visiones de futuro; así, por ejemplo, la ciudad se convierte en una trama de relatos e interpretaciones que median nuestra forma de vivirla, y el imaginario urbano energiza el espacio entre lo material y lo simbólico, y ofrece armazones interpretativos que en definitiva explican, dan sentido a y estructuran el espacio social y la experiencia.

La microgeografía, en este sentido, contribuye a ahondar en cómo los sujetos viven los espacios en términos subjetivos, para profundizar en una naturaleza interconectada que pone en relación lo estructural (la materialidad del espacio), lo funcional (las prácticas sociales en ella) y lo simbólico (los imaginarios y representaciones que lo hacen significativo). Dicha aproximación también deslumbra que el vínculo de los sujetos con el espacio es múltiple, diferenciado y diverso, en el que irrumpen muchas de las experiencias personales, las memorias colectivas o los marcos culturales.

La microgeografía, así, se encarga del mismo modo de mostrar cómo los imaginarios espaciales cumplen un papel fundamental a la hora de realizar la construcción de la realidad geográfica, en la medida que a partir de las representaciones que se construyen históricamente, socialmente y culturalmente van dando sentido a los lugares que los sujetos construyen y van enriqueciéndose con el lenguaje, las historias, la comunicación social. Constructos como la simbología de la orientación de los lugares, la sacralidad de ciertos lugares y los valores que se determinan para los límites y las fronteras espaciales acaban de contribuir a forjar la experiencia del espacio.

Entender estas dinámicas es fundamental para llegar a entender cómo ciertos acontecimientos culturales, como por ejemplo los festivales de música, pueden transformar

temporal y simbólicamente los espacios de la ciudad de Bogotá. Las prácticas culturales no solo utilizan la infraestructura ya existente, sino que la resignifican a partir de nuevas formas de habitar, intervenir, imaginar y padecer el espacio público; así, la geografía de la percepción y los estudios sobre los imaginarios urbanos ofrecen herramientas teóricas apropiadas para la explicación del impacto simbólico, territorial y social que desarrollan este tipo de acontecimientos en la ciudad contemporánea.

Significados y formas de apropiación en la vida cotidiana.

Para Alicia Lindón (2006), las representaciones sociales y los imaginarios son elementos básicos para poder entender en qué manera las personas se vinculan con los espacios que habitan. Las representaciones sociales son entendidas como un tipo de representaciones que tiene un conjunto de imágenes, valores y significados que son contruidos de manera colectiva y que, sobre todo, hacen que las personas le den sentido a lo que ocurre en su entorno y a las acciones que llevan a cabo en él. Las representaciones sociales no son fijas, sino que sufren transformaciones en la interacción social y en la experiencia personal. De esta manera cada persona puede reinterpretarlas y adecuarlas a su contexto y a sus emociones. Así es como los imaginarios sociales –que están contruidos por imágenes y símbolos que lanzamos sobre el mundo– nos facilitan la comprensión del espacio y también van modificándose según las experiencias que las individuales y las relaciones sociales.

Serge Moscovici (1984) añade otra dimensión a dicha concepción, puesto que las representaciones sociales abarcan un marco interpretativo consensuado de la realidad, una agrupación de los imaginarios, de la significación que permite que una persona y/o un grupo para que puedan comprender el mundo e integrarse en él. Por medio de las representaciones sociales –las personas/los grupos encuentran en su realidad un espacio donde colocarse

(habitar) pero también reproducirlas y transformarlas cuando se relacionan con los otros; es decir, en el proceso de construcción de sentido las personas no solo practican/comprenden las representaciones sociales, sino que también las transforman a partir de su realidad y experiencia (Lindón, 2006), de tal forma que van generando nuevas maneras de habitar/comprender el espacio. La construcción de la significación se convierte así en un proceso cargado de importancia en el contexto de los imaginarios sociales, que son normas o significados consensuados –proyecciones colectivas a través de las cuales se construye la realidad que pueden llegar a ser sobrepasadas por los sentidos individuales.

El espacio, tal y como lo destaca Henri Lefebvre (1991), no es solo un espacio físico, sino un contexto que resulta ser un contenedor de significados, donde se articulan prácticas sociales y formas de percepción social. Los imaginarios sociales y sus representaciones colectivas convierten cada lugar en espacio de significados, pero también, de proyección de ellos, los cuales se reinscriben mediante la teatralización de las conductas y de las acciones cotidianas. Así es que, en el espacio público y en la vida cotidiana, los sujetos vuelven a producir las normas y los valores sociales, pero también los transforman, generando dinámicas de cambio y de resistencia que alteran sus imaginarios sociales compartidos.

Para Bernard Debarbieux (1995), el imaginario del espacio es una estructura de sentido a través de la que los sujetos construyen relatos razonables y coherentes acerca del lugar, de manera tal que el espacio no solo se entiende, sino que queda constituido en la acción. La interacción entre el sujeto y el lugar es la movilización del imaginario, en la que este último queda constituido a partir de los símbolos y los valores que los sujetos proyectan.

Socio-semiótica del espacio público.

Los teóricos Edward Soja y David Harvey destacan la importancia de la geografía en la teoría social, diciendo que el espacio no sólo hace de escenario de las actividades humanas,

sino que se convierte en un hecho constitutivo de la propia sociedad. Desde este punto de vista, el espacio público no puede ser entendido como un simple contenedor físico o neutral sino como un entorno dinámico que afecta las relaciones sociales, políticas y culturales (Harvey, 1990; Soja, 1996).

De igual modo, en la socio-semiótica del espacio público se interesa en cómo las prácticas materiales y simbólicas que tienen lugar en el espacio público generan significados y configuraciones sociales. En este sentido, el espacio público sería un texto que pueda ser “leído” y descifrado en su estructura a través de la práctica social y de la construcción de significados colectivos. Con este planteamiento se intenta unir las dimensiones objetivas y subjetivas del espacio, al saber que lo material y lo simbólico, más allá de coexistir, también se influyen mutuamente (Henri Lefebvre, 1991).

La socio-semiótica del espacio público sustenta el principio de que las prácticas materiales (las acciones físicas con una cierta concreción) y las prácticas significativas (los significados que se les atribuyen a aquellas acciones y espacios) son irreductiblemente unidas. Esa interrelación se encuentra fundamentada en que en el espacio público se crean significados culturales y significados sociales a través de la acción física y la interacción simbólica (Harvey, 1990).

Efectivamente, el espacio público constituye un campo en el que se dan las relaciones de poder, las ideologías y las identidades y se van a actuar, a negociar a través de la misma interacción cotidiana. Por ejemplo, en una organización de un parque, de una plaza o de una calle podemos ver que no se trata únicamente de la lógica funcional, sino que los significados sociales reflejan las relaciones de poder y las normas culturales.

En este punto, Lefebvre (1991) se opone a concebir la producción del espacio como una producción neutral, sino como una expresión de la sociedad que la habita, la produce y

la reproduce. La semiótica espacial recupera y pone de relieve los vínculos entre las formas espaciales y los significados sociales mostrando cómo las prácticas materiales de habitar y utilizar dicho espacio se van imbricando con las construcciones simbólicas que van generando un sentido de uso del espacio (Soja, 1996).

La postmodernidad ha supuesto el paso de una comprensión de la relación entre espacio y sociedad del ámbito de la teoría social a otro de carácter empírico. Desde este punto de vista Soja y Harvey (Harvey, 1990; Soja, 1996) proponen que el espacio debe dejar de considerarse una categoría más o menos neutral y estática, para ser comprendido como una categoría construida socialmente que manifiesta relaciones de poder, identidades, significados culturales, etc.

La llegada de la postmodernidad le lleva a un espacio público a ser concebido, no sólo como un espacio físico donde ciertas acciones tienen lugar sino como un espacio potencialmente cargado de significados sociales y culturales de la acción dada, significados que emergen de prácticas sociales cotidianas, así como de representaciones informáticas y simbólicas. De este modo, la socio-semiótica del espacio público ofrece una propuesta de lectura crítica a aquellos espacios que pueden ser considerados como sistemas de signos y significados en disputa, entrelazados por prácticas sociales cotidianas, por memorias y por estructuras sociales en un continuo proceso de producción de significados. Una semiótica del espacio que también permite vislumbrar tensiones, juegos, luchas, exclusiones y resistencias.

Territorio musical.

Entendemos la música como una manifestación artística, pero también puede ser entendida como un modo de captar y llegar a conocer el mundo. De esta manera, por medio de la experiencia de la escucha y de la producción de música, los sujetos no son sólo capaces de experimentar el goce estético, sino que también son capaces de llegar a una manera de

saber tener acceso a un tipo de saber. Mismo que la música, llegado a este punto, sea, de algún modo un saber sonoro, nos permite que opere la música como medio de interpretación del mundo y como elemento articulador a las personas de su entorno cultural, social y emocional. Así, la música puede ser considerada una forma sonora de saber que mueve a desvelar y construir los significados que subyacen las dinámicas sociales (cf. Franco Fubini, 2001; Josep Martí, 2000).

Si queremos entender la producción y la reproducción de la música en relación con el desarrollo social, es preciso atender al espíritu del tiempo. La música queda atrapada, como no puede ser de otro modo, de las condiciones de lo que cada momento histórico y cultural le ofrece; hay que escuchar la música (así como en la misma época de la historia, que son a la vez la historia de la música) captar ideologías, emociones y tensiones sociales. Por eso, el abordar el espacio sonoro de la música tiene que tener en cuenta el producto sonoro, pero también el de las estructuras sociales que lo producen y del proceso histórico que lo atraviesa (Fubini, 2001).

La música es un recurso cultural por excelencia entre las personas de todos los tiempos, ya que en la música se pone en juego la capacidad de crear cultura de manera individual y grupal según las condiciones culturales, económicas, sociales e históricas de cada sociedad. La música es parte del patrimonio cultural de los pueblos, es reflejo de las vivencias de los grupos humanos, es un medio para propagar valores, sentimientos y relatos históricos (Martí, 2000).

Mediante las manifestaciones musicales las personas ponen de manifiesto la creatividad y al mismo tiempo dan cuenta de las respuestas que se establecen ante los entornos y las realidades sociales. La música, en este sentido, se configura como un lenguaje universal, pero a la vez es un fenómeno cultural profundamente arraigado en las

especificidades culturales de cada grupo humano (Martí, 2000). En opinión de Martí (2000), la música no se tiene que considerar únicamente como un elemento cultural en su sentido más restringido, sino como un elemento dinámico que participa en la vida social, y al mismo tiempo, en la construcción de las relaciones sociales.

La música presenta una dimensión que evidentemente tiene una marcada tendencia social. Surge y se desarrolla en el seno de la colectividad humana. A juicio de Fubini (2001), la música está íntimamente conectada a la dinámica social, es un producto colectivo ligado a diversos estímulos de la realidad circunscrita y esta dimensión social está presente en cómo la música genera nuevas relaciones entre las personas, establece lazos afectivos y facilita la cohesión de los grupos humanos sobre base de vivencias compartidas.

En nuestra sociedad actual, la cual se caracteriza por la globalización y el consumo, la música presenta rasgos heterogéneos e indefinidos. Por los caminos del consumo y a través de los medios de comunicación, los gustos musicales están cambiando incesantemente. La música, a la altura de la globalización y el consumo, es un producto cultural al tiempo que es una mercancía que sigue las leyes del mercado y la comercialización (Ian Cross & Elizabeth Tolbert, 2009).

Dicha metamorfosis continua de los gustos musicales da cuenta de las maneras en que la música fue aprehendida por las industrias culturales y, como consecuencia, su producción, distribución y consumo se hallan imbricadas a las lógicas de la dinámica económica internacional. Al mismo tiempo, la música sigue siendo espacio de expresión cultural y espacio de resistencia, según el cual las personas pueden crear nuevas formas de identidad y comunidad, como respuesta a las y el cambio social y económico.

La música y el lenguaje son actividades sociales que permiten constituir, comunicar y compartir pautas de comportamiento y estados de ánimo entre los miembros de una

comunidad humana. Así, tanto la música como el lenguaje también tienen un valor ritual y un valor simbólico, a partir del cual las personas pueden establecer relaciones y construir significados compartidos.

El territorio musical es un lugar que representan la confluencia entre la creatividad de los individuos y las estructuras sociales, de modo que lejos de entender la música únicamente como un arte, nos encontramos ante un fenómeno social que está en estrecho contacto con el dinamismo de la propia historia social. Hoy en día, la música es y sigue siendo un medio de expresión de la identidad y de agrupamientos de los grupos sociales, aunque la producción y el consumo musical estén cada vez más determinados por las lógicas del mercado. Pese a ello, la música sigue siendo igual un lugar de creatividad, de resistencia y de cohesión social, donde los individuos construyen y comparten significados que configuran relaciones y experiencias de la experiencia humana y la vida en el mundo.

Marco Metodológico.

La investigación se lleva a cabo a través de un enfoque cualitativo que permite una comprensión profunda de la experiencia subjetiva y la interpretación de los millennials respecto a los espacios de los festivales de música. Desde una perspectiva fenomenológica, es decir, desde el punto de vista de las propias personas, es más relevante estudiar la llamada experiencia vivida, es decir, cómo las personas experimentan y dan sentido a sus vivencias a nivel de conciencia y en relación con su contexto espacio-temporal. Al integrar los principios fenomenológicos, se reconoce que cada experiencia es diferente y está moldeada por la forma en que se enmarca la experiencia inmediata del sujeto a través de sus sentidos, emociones y recuerdos.

Este enfoque se enriquece aún más con una perspectiva humanista posmoderna que busca comprender los significados, tanto individuales como compartidos, que surgen de estas situaciones y cómo las experiencias individuales moldean un colectivo. También, desde la geografía de la percepción. El enfoque está en la forma en que los sujetos del estudio aprenden y se apropian del espacio junto con sus atributos físicos, organizativos y simbólicos. Este método es crucial para entender el vínculo simbólico entre los jóvenes y el fenómeno de los festivales porque ayuda a exponer cómo las experiencias vividas están encapsuladas en la memoria colectiva y en los procesos de formación de la identidad cultural.

Elección y Justificación de los Instrumentos de Recolección de Datos

A efectos de buscar la percepción, significados y formas de apropiación de los festivales de música en Bogotá, entendidos por los millennials, se aplicaron una serie de instrumentos que permitieron la indagación de lo subjetivo y social que se encuentra envuelto en estos eventos. La complementación de recursos cualitativos permite la pluralidad de enfoques, buscando no solo las vivencias particulares del sujeto, sino también la estructura social y cultural de los itinerantes experimentalistas en que se han convertido estos eventos. Cada instrumento se ha diseñado con base en los objetivos de la investigación y del enfoque posmoderno humanista que orienta esta búsqueda.

Entrevista Abierta

La entrevista abierta se utiliza como una herramienta principal para documentar las experiencias individuales de los participantes que asisten a los festivales y examina sus opiniones y sentimientos dentro de un contexto donde son libres de expresarse. En relación con esto, tales entrevistas ayudan a crear una atmósfera donde los participantes pueden proporcionar relatos ricos y matizados de sus experiencias en el festival y cómo perciben y

dan sentido a los eventos y al papel de sustancias o drogas psicoactivas como parte de los eventos y sus experiencias.

Las entrevistas abiertas son vitales para obtener perspectivas sobre las narrativas de las personas millennials, ya que se perciben desde un ángulo más personal y la información es imposible de recopilar a través de herramientas estructuradas. Esta herramienta fomenta la discusión y captura nuevas ideas que surgen en el curso de la entrevista, donde se exploran las sutilezas de la experiencia en el festival y las razones y pensamientos de los individuos respecto al uso del abuso de sustancias en relación con el evento.

Las entrevistas serán semiestructuradas, a las que se les brindarán preguntas sobre temas generales relacionados al festival, su historia y sus apreciaciones sobre el consumo de SPA, su vinculación con el espacio y cómo lo perciben. Las entrevistas podrán hacerse presenciales u online. Todas las entrevistas realizadas en esta investigación serán grabadas y transcritas para una futura investigación.

Revisión Documental y Cartográfica

La revisión documental y cartográfica se refiere al escaneo de archivos que pertenecen a la planificación y diseño de los festivales de música en Bogotá, revisando mapas y diagramas que ilustran los escenarios de los eventos en términos de espacio. El instrumento permite el análisis del entorno desde las perspectivas de los organizadores, lo que proporciona bases para analizar las implicaciones sociales del espacio y las prácticas de consumo que se adoptarán dentro de él.

Esta revisión es necesaria porque permite entender la manera en la que los organizadores, encargados de la planificación y gestión, distribuyen el lugar del festival y dónde están las localizaciones para las diferentes actividades incluyendo el consumo de SPA. El orden en que se efectúan las unidades recreacionales y de consumo y el orden en que se

espera que se realice la interacción activa social mediante el festival impacta en la percepción de las masas sobre el espacio. Adicionalmente, permite comparar las experiencias de los usuarios con el entorno diseñado e investigar cómo el diseño puede provocar o suprimir ciertos tipos de consumo y socialización.

Grupo Focal

El grupo focal estará conformado por seis a diez participantes millennials que han estado en festivales de música en Bogotá. Esta actividad, permitió a los miembros compartir sus pensamientos ya que tienen temas similares de los que hablar, que en este caso son sus opiniones sobre los lugares donde se realizan los festivales, conceptos sobre festivales y cómo utilizan el espacio para todas las actividades relacionadas con ello.

Los grupos focales son útiles ya que permiten captar visiones y significados que están comúnmente integrados en los asistentes. El formato de grupos de discusión ayuda en la generalización de experiencias comunes que los millennials pueden haber experimentado en un festival y, por lo tanto, facilita la aparición de temas centrales. La configuración del grupo permite ver cómo se crean y comparten ideas sobre el consumo del SPA del espacio y las diferentes opiniones y valores compartidos sobre la función del festival como una actividad de socialización y recreativa.

El grupo focal fue conducido por un moderador que guió el argumento con preguntas abiertas sobre la percepción del público sobre el festival y los significados del festival, así como las experiencias de consumo de SPA. También contaron con el análisis de la sesión grabada en video y audio de los participantes, lo que permitió una comprensión profunda de los intercambios y las narrativas que los miembros del grupo crearon en el desarrollo de la actividad.

Análisis de la información

Para realizar el análisis de la información recolectada por medio de los instrumentos de recolección de datos diseñados, se utilizaron los siguientes métodos:

a. Análisis del Discurso: Se empleó el análisis del discurso para examinar cómo los participantes construyeron sus narrativas y qué términos o expresiones emplearon al referirse a los espacios de festivales. Este método permitió identificar los elementos recurrentes y los significados atribuidos al espacio, y revelar las ideologías, creencias y valores implícitos que sostienen sus discursos. Además, se prestó especial atención a las emociones y sensaciones que los participantes asociaron con estos espacios, identificando los aspectos tanto individuales como colectivos de su percepción.

b. Consulta y análisis de documentos institucionales: Para complementar las perspectivas de los participantes, se recurrió a documentos institucionales que regulan o describen los festivales de música en Bogotá (por ejemplo, normativas municipales, políticas de organización de eventos, y estudios de impacto en el uso del espacio público). Estos documentos se analizaron para entender cómo las instituciones describen y gestionan estos espacios y cómo estas representaciones podrían influir en la percepción de los asistentes.

Objeto de Estudio.

Población: Generación de los millenials.

A partir de los aportes conceptuales de autores como Neil Howe y William Strauss se establece que los sujetos de esta indagación son millennials que han estado en festivales de música en Bogotá y que fueron parte de los usuarios registrados por el proyecto Échele Cabeza, el cual trabaja con políticas de reducción de riesgos y daños ubicado en ciudades como Bogota, Cali y Medellin atendiendo una población que consume sustancias

psicoactivas pero que no tienen una relación problemática con las mismas, siendo este un sector que muestra interés a la cultura musical, así como también a las posibilidades que ofrecen los contextos masivos de interacción social.

Estos jóvenes han sido educados en un entorno caracterizado por la globalización y la digitalización, lo que afecta su modo de relacionarse con los festivales y cómo consumen SPA durante estos eventos, de tal forma que según las bases de datos consultadas proporcionadas por Échele Cabeza, fue posible identificar qué en el periodo de tiempo comprendido entre el año 2022 y 2024 se tiene registro de 8 festivales de música entre los cuales se registraron en total en el servicio de Échele Cabeza 6101 personas. La siguiente tabla relaciona los 8 eventos musicales a los que se tuvo acceso e información:

Tabla 1. Evento y número de asistentes registrados en el servicio de Échele Cabeza

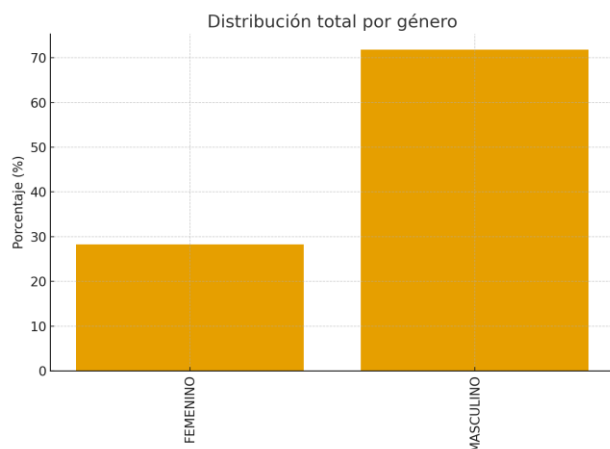
AÑO	EVENTO	ASISTENTES
2022	BAUM FESTIVAL VI	897
2022	ESTEREO PICNIC 2022	889
2023	BAUM FESTIVAL VII	1219
2023	CORDILLERA I	139
2023	ESTEREO PICNIC 2023	1254
2024	BAUM FESTIVAL VIII	954
2024	CORDILLERA II	99
2024	ESTEREO PICNIC 2024	650

1. Elaboración propia a partir del registro en base de datos, Proyecto Échele Cabeza

La muestra de millennials que participan de la investigación está determinada por una serie de características como género, nivel de educación, antecedentes sociales y económicos, lo que permite un estudio de todos los diferentes ángulos de percepción en el entorno del festival.

A continuación, se presentan algunas de las diferentes distribuciones tenidas en cuenta para el desarrollo de la investigación;

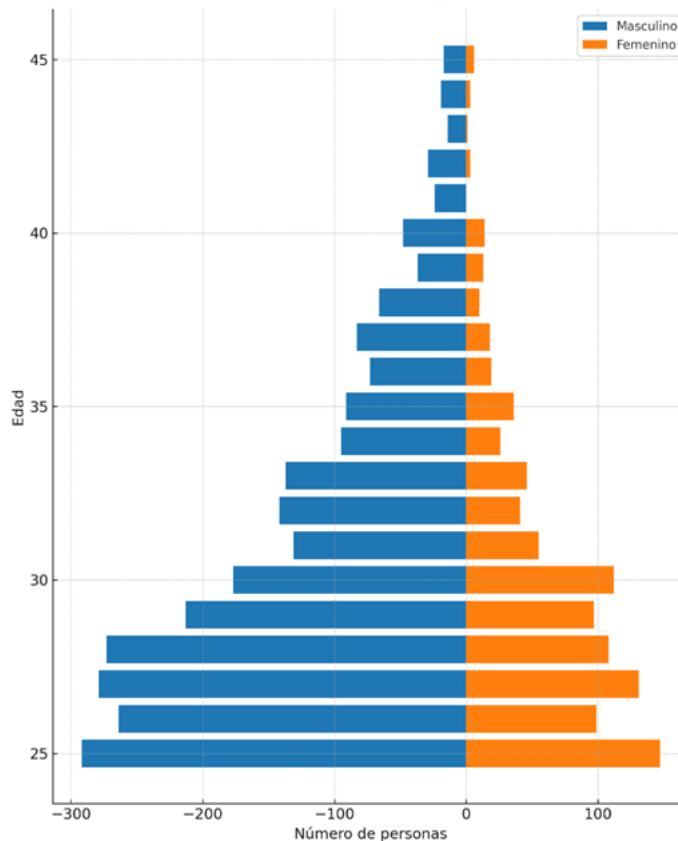
Gráfico 1. Distribución total por género.



2. Elaboración propia a partir del registro en base de datos, Proyecto Échele Cabeza

La proporción general de hombres y mujeres muestra que predomina el sector masculino con una distancia considerable, ya que el 71,77% pertenece al segmento masculino frente al 28,23% que se ciñe al de las mujeres. Esta disparidad importa, ya que incluso puede apuntar hacia una alta masculinidad de los eventos que se han investigado en la presente investigación, pues pueden estar influidos culturalmente, socialmente, o incluso por la imagen que tienen sobre estos eventos, más negados o poco atractivo incluso para las mujeres. También por ser servicios con barreras de acceso a mujeres o diversidades sexuales, por la carga de estigmatización al consumo en estos grupos poblacionales, entre otros factores. La diferencia porcentual que se hace evidente nos refleja un patrón estructural que va empapando todo el conjunto de los datos.

Gráfico 2. Distribución de género por edad de la población de los millennials.



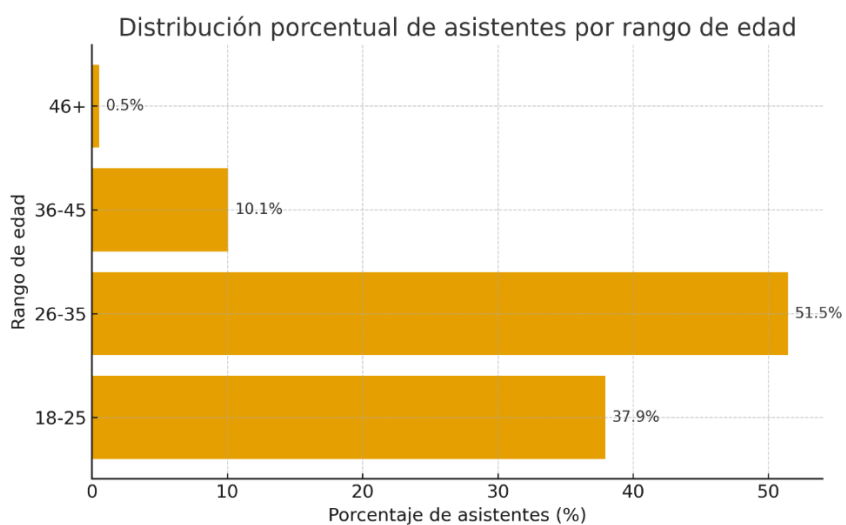
3. Elaboración propia a partir del registro en base de datos, Proyecto Échele Cabeza

El cruce de edad y género permite vislumbrar analíticamente cómo los imaginarios resignificados en relación con los distintos modos de participar en los festivales devienen por el capital cultural y por el modo de habitar el espacio desde prácticas sociales diferenciadas. El tipo de cultura para Bourdieu (1979) no es un hecho neutro, bien al contrario, está estructurado a partir de la posición social de los sujetos y por los habitus que han orientado su manera de estar en el mundo. De este modo, las generaciones jóvenes, en especial los hombres, suelen apropiarse del espacio festivo desde un imaginario de libertad y de control, las mujeres suelen hacerlo utilizando estrategias de cuidado y legítima pertenencia colectiva. Como señala Lindón (2009), el espacio no solo se habita, sino que se significa desde la corporalidad: maneras de circular, de vestir o de relacionarse configuran formas de

comunicar sentidos sociales y diferencias simbólicas. Así, las maneras de habitar el espacio se configuran en función de trayectorias de género y de edad que reproducen jerarquías culturales y modos de legitimación del disfrute, donde el capital cultural también se expresa desde una forma de experimentar los territorios musicales y dar identidad al valor simbólico de los territorios musicales.

Aunado a lo anterior se hizo el análisis de la distribución de asistentes por rango de edad, para así de esta manera poder identificar cual rango de edad era el de mayor afluencia a los eventos estudiados, a continuación, se presenta el gráfico de la distribución porcentual de asistentes por rango de edad:

Gráfico 3. Distribución porcentual de asistentes por rango de edad



4. Elaboración propia a partir del registro en base de datos, Proyecto Échele Cabeza

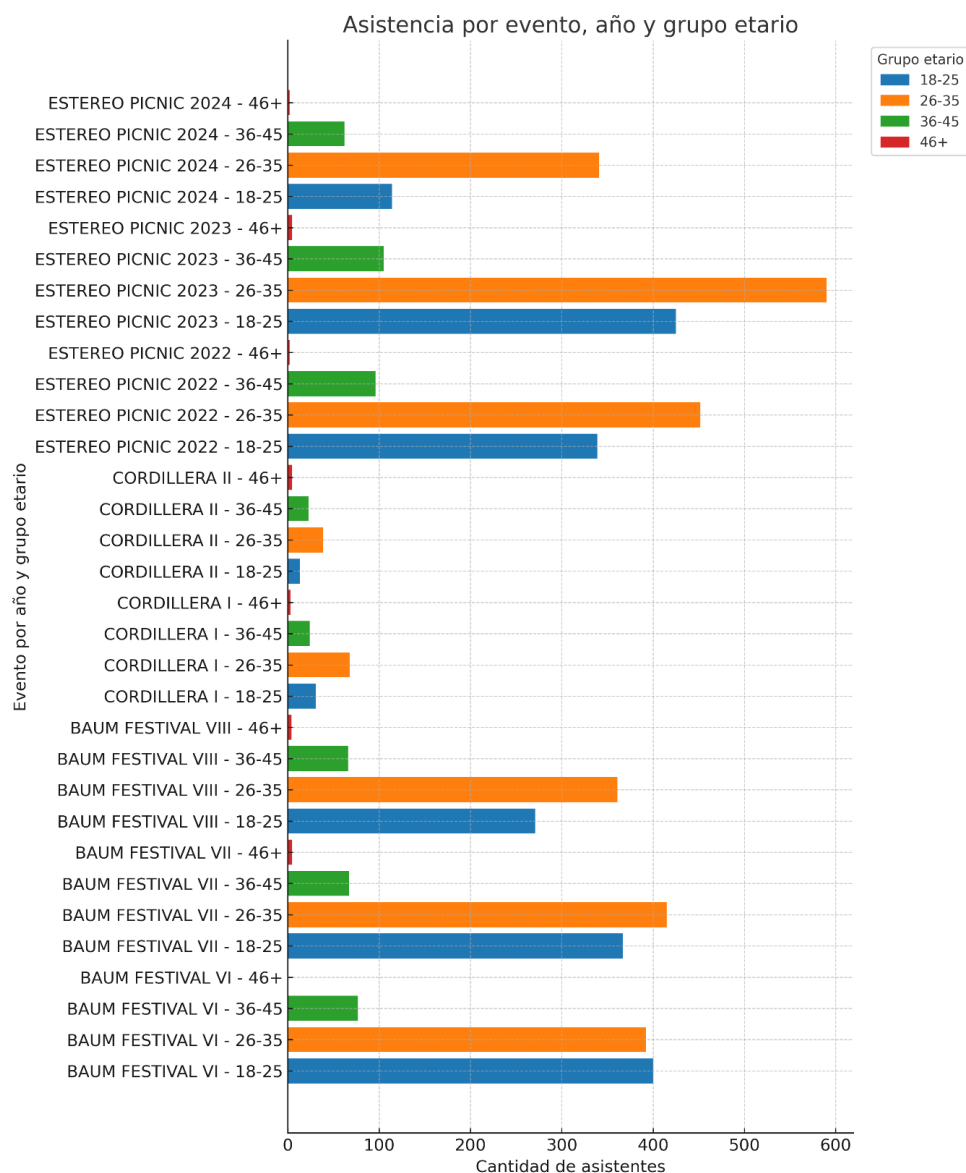
El gráfico deja entrever un amplio número de asistentes en las dos últimas franjas, sobresaliendo el grupo de 26 a 35 años, que acapara 51,5% del total, seguido de la franja de 18 a 25 años con 37,9%. Esta preeminencia corrobora que los festivales actúan como una de las plataformas predilectas de participación de los millennials, a quienes conviene recordar

que son sujetos que atraviesan etapas vitales caracterizadas por una mayor autonomía, disponibilidad temporal y búsqueda de experiencias culturales y sensoriales.

También es preciso apuntar que esta gran presencia convierte a la población millennial en el objeto de estudio más pertinente ya que es en torno a la cual se citan las prácticas, significados e imaginarios que organizan la experiencia festiva contemporánea y perfilan una serie de procesos como los de apropiación simbólica y territorialidad musical en el ámbito de los eventos urbanos. En definitiva, la distribución porcentual pone de manifiesto que los festivales son claramente territorios juveniles donde la producción de significados y la construcción de imaginarios se articula, en primer lugar, desde la experiencia millennial.

Adicionalmente se elaboró un gráfico en el cual se puede detallar la presencia total de la población femenina y masculina de la generación de los millenials que asistió a los eventos estudiados.

Grafico 4. Distribución porcentual de asistentes por rango de edad.



5. Elaboración propia a partir del registro en base de datos, Proyecto Échele Cabeza

Los datos evidencian que los festivales estudiados -Baum, Cordillera y Estéreo Picnic- corresponden a ámbitos donde predominan los más jóvenes, dado que las franjas de edad 18-25 y 26-35 agrupan la mayor asistencia, coincidiendo en esa mayor inversión en el ocio por el carácter urbano de estos festivales y la pertenencia a unas clases medias emergentes en Colombia, que en el caso de Bogotá gozan de más acceso a ese consumo cultural y tienen mucho más poder adquisitivo para invertir en el esparcimiento y están fuertemente identificados con las prácticas festivas contemporáneas. Los resultados de este último grupo de edades, de 26-35, que tienen su máxima asistencia en el Estéreo Picnic,

responden a las prácticas de los jóvenes profesionales que poseen ingresos propios, con un capital cultural de alto nivel y unos estilos de vida identificados con la música en vivo "como una práctica identitaria, emocional y comunitaria". Por su parte, los grupos de edades 36-45 y, sobre todo 46+, por contraste, están menos representados puede ser a causa de responsabilidades familiares, menor tiempo disponible, cambio de hábitos de ocio, mayores barreras económicas etc.

De este modo, los festivales, como específicos territorios de clase, representan el lugar en el que emergen estas desigualdades estructurales que permean el periodo y las décadas de este y que reproducen las dinámicas generacionales. La asistencia a los festivales requiere de capacidad de pago, movilidad urbana y de tener incorporados unos códigos propios de la clase media, lo que puede dar pie a la exclusión de esos sectores populares o rurales. Al mismo tiempo, los festivales son el marco de la sociabilidad, de la experimentación estética y de la construcción identitaria de una juventud urbana que encuentra en los festivales el espacio para la libertad corporal, emocional y relacional. Con ello, la asistencia a los festivales permite, no solo hacer evidentes patrones demográficos, sino también evidenciar cómo el consumo musical en Bogotá está marcado por procesos de estratificación, de amistades urbanas y de reafirmaciones del capital cultural entre los colectivos de la juventud contemporánea.

Aquí evidentemente la asistencia es sólo un elemento que ayuda a entender el contexto de consumo musical a partir de la construcción y observación del grupo de jóvenes en la propia construcción musical de la escena; no sólo la observación de patrones demográficos sino también de las formas de consumo musical implicados.

Espacial.

Los festivales de música en Bogotá se han realizado tradicionalmente en sitios de lejana periferia como Briceño. Esto representa un problema porque se trata de un espacio

privado que no permite la interconexión de la experiencia con el patrimonio urbano. Sin embargo, actualmente se aprecia un cambio de paradigma hacia el uso de espacios públicos significativos como el Parque Simón Bolívar. Este parque, que se encuentra en una parte muy estratégica y central, no solo es un símbolo identitario para muchos bogotanos, sino que es un lugar con la capacidad para la celebración de grandes espectáculos musicales como el Estéreo Picnic o el Festival Cordillera.

Teniendo en cuenta la información de la Tabla 1, es importante precisar que los eventos mencionados se han desarrollado en lugares como: Briceño, Corferias y el Parque Simón Bolívar, para el desarrollo de esta investigación se tendrá en cuenta principalmente el parque Simón Bolívar, que es el lugar predilecto y por tradición más reconocido para la organización de los grandes festivales de música en Bogotá, por ejemplo 3 de los eventos mencionados en esta investigación (Cordillera I y II y el Estéreo Picnic del 2024) se desarrollaron en este lugar. Por tanto, haremos un breve recorrido histórico sobre este emblemático lugar para así dejar presentes algunas cosas que lo han caracterizado a lo largo de los años y la importancia que tiene para la ciudad.

El Parque Simón Bolívar tiene sus orígenes en 1968, cuando se realizó una misa campal durante la visita del Papa Pablo VI en el 39 Congreso Eucarístico Internacional. Esto dejó como legado el Templete Eucarístico que se encuentra presente en el parque. Legalmente, el parque fue creado por la Ley 31 de 1979 para conmemorar los 200 años del nacimiento de Simón Bolívar.

La primera fase del parque fue inaugurada en 1983 con la construcción de la Plaza de Eventos con capacidad para 80 mil personas, y el sembrado de tres mil trescientos árboles. Ese mismo año se remodeló el Templete Eucarístico y se colocó un busto de Bolívar como

regalo por parte de Venezuela. En 1986, el parque celebró un acto litúrgico masivo durante la visita del Papa Juan Pablo II.

El parque fue inaugurado en diciembre de 1991. En 1995 se realizó un programa de restitución que implicó la limpieza del lago, la construcción de nuevos senderos peatonales y la instalación de áreas recreativas, sistemas de iluminación y seguridad. También se clausuraron ciertas zonas para eventos y se desarrolló el Ciclo paseo y andenes.

Desde 1996, el parque se consolidó como lugar de celebración de eventos públicos y privados, como festivales, conciertos y actividades culturales, transformándose en un importante lugar para la recreación, el deporte y la ecología de Bogotá.

Los eventos que fueron tenidos en cuenta para el desarrollo de la presente investigación fueron el festival Estéreo Picnic de los años 2022, 2023 y 2024, el BAUM Festival de los años 2022,2023 y 2024 y el Festival Cordillera de los años 2023 y 2024, en las siguientes tablas se muestra el lugar de realización de cada uno de los eventos, el año y el número de asistentes; y en la siguiente tabla el rango de edades de los asistentes a cada uno de los eventos.

Tabla 2. Número de asistentes registrados en el servicio de Échele Cabeza y las características del lugar según el evento.

AÑO	EVENTO	LUGAR	TIPO DE ESPACIO	ENTORNO	ASISTENTES
2022	BAUM FESTIVAL VI	CORFERIAS	PRIVADO	URBANO	897
2022	ESTEREO PICNIC 2022	BRICEÑO	PRIVADO	RURAL	889
2023	BAUM FESTIVAL VII	CORFERIAS	PRIVADO	URBANO	1219
2023	CORDILLERA I	SIMON BOLIVAR	PÚBLICO	URBANO	139
2023	ESTEREO PICNIC 2023	BRICEÑO	PRIVADO	RURAL	1254
2024	BAUM FESTIVAL VIII	CORFERIAS	PRIVADO	URBANO	954
2024	CORDILLERA II	SIMON BOLIVAR	PÚBLICO	URBANO	99
2024	ESTEREO PICNIC 2024	SIMON BOLIVAR	PÚBLICO	URBANO	650

6. Elaboración propia a partir del registro en base de datos, Proyecto Échele Cabeza

En la tabla se aglomera información de festivales musicales celebrados en el periodo de 2022 y 2023 y se indican el nombre del festival, el lugar de realización, el tipo de espacio (privado/público), el entorno (rural/urbano) y el número estimado de personas asistidas. Se puede observar que los festivales que se celebran en espacios urbanos (por ejemplo, en Corferias o en el Parque Simón Bolívar) son espacios cerrados o controlados, y aquellos que tienen lugar en entornos rurales (los del municipio de Briceño) tienen espacios abiertos con mayor capacidad. También se puede ver que en los festivales de 2023 se presenta un aumento en el número de personas asistidas en relación con los festivales de 2022, lo que puede significar que muchos de ellos han aumentado el volumen de su público.

Además, las variaciones del espacio y del entorno (sido este el tipo de espacio o el entorno geográfico) nos permiten comprobar cómo de un modo u otro estos factores espaciales y contextuales inciden directamente en el número de personas asistidas y nos permiten cuestionarnos cómo de esta forma los festivales temporales transforman en su paso los espacios en los que se celebran y favorecen también nuevas configuraciones de apropiaciones colectivas del espacio.

La forma en que se distribuyen los eventos teniendo en cuenta el entorno, el tipo de espacio y el número de personas nos ayuda a entender cómo los festivales de música funcionan como dispositivos de resignificación simbólica del espacio urbano y rural. Desde una aproximación a la socio-semiótica del espacio público, los eventos no solo ocupan físicamente un determinado lugar, sino que lo resignifican como un lugar donde hay un gran valor colectivo y donde tenemos una cultura determinada, se comparten emociones producidas por las músicas y por lo que la música construye en el imaginario social de una mayoría. Por ejemplo, la elección de espacio abierto en entornos rurales, como Briceño, genera experiencias relacionadas con temas como la amplitud y la libertad, y la desconexión

de la cotidianidad; los eventos ubicados en recintos urbanos cerrados como Corferias tienden a evocar control, orden y centralidad.

Algunas de estas dinámicas nos dan cuenta de cómo el territorio musical funciona también como un espacio de intersección entre las prácticas de la creatividad individual y las estructuras sociales, de cómo el acto de generar un evento convocando música produce nuevos modos de habitar, de sentir y de simbolizar un espacio público.

A continuación, se presenta una tabla en la cual se pueden ver los valores de acceso a cada uno de los festivales con el fin de poderse hacer una idea en torno al nivel de ingresos que debería tener una persona para acceder a este tipo de festivales:

Tabla 3. Costo de acceso a los festivales

FESTIVAL	PRECIO FULL (COP)
BAUM FESTIVAL	320.000 – 380.000
CORDILLERA	380.000 – 450.000
ESTÉREO PICNIC (1 día)	1.000.000 – 1.300.000
ESTÉREO PICNIC (abono 3–4 días)	2.000.000 – 2.700.000

7. Elaboración propia a partir de las páginas oficiales donde se vende la boletería de cada evento.

El costo total de las entradas a festivales como Baum, Cordillera y Estéreo Picnic pone de relieve cómo el acceso a estos festivales está intensamente condicionado por la estructura económica colombiana. Se evidenciaría que, si bien Baum y Cordillera resultan relativamente asequibles para estratos de clase media urbana, la entrada a Estéreo Picnic es una inversión que sólo pueden asumir determinados grupos con mayor estabilidad económica, evidenciándose, así, una segmentación social en términos de consumo cultural.

Por lo tanto, los festivales funcionan como espacios en los que se expresan identidades juveniles, pero también como espacios que visibilizan desigualdades: una

participación requiere ingresos disponibles, movilidad y estabilidad laboral, condiciones que no están distribuidas de manera equitativa. En tal sentido, el coste de las entradas puede funcionar como un filtro que determina a quién le está permitido habitar en estos territorios musicales, así como la forma en que se constituyen las prácticas culturales en un país marcado por las brechas socioeconómicas.

Finalmente, se hizo énfasis en el grupo de 4.763 personas pertenecientes al grupo de los Millennials, dado que son las que en su gran mayoría reúnen las características sociales, culturales y económicas y que conforman el imaginario del público que asiste a este tipo de festivales, en el caso que nos ocupa, en Bogotá y con el predominio que poseen en los festivales revisados y analizados como un claro indicador de una práctica con un alto grado de afinidad a las prácticas musicales urbanas y a su capacidad de acceso vinculada a su inserción en un contexto de clases medias emergentes y de prácticas de consumo cultural de ámbito más urbano.

Así, centrarse explícitamente en ellos para iniciar el análisis implica reconocer que los millennials habitan los territorios de los festivales de una manera muy presente, es decir, que para ellos estos se convierten en espacios de construcción de su identidad; son espacios donde se producen expresiones de carácter emocional y permiten una participación cada vez más activa de los territorios musicales. De este modo, esta selección ha de servir no solo a criterios de tipo cuantitativo, sino que son ellos y sus prácticas los que mejor permiten describir la articulación de las relaciones sobre música, espacio público y desigualdades sociales en el contexto bogotano.

Temporal.

Este período de investigación abarca desde 2021 hasta 2024, durante el cual ha habido evidencia de la reactivación de eventos a gran escala después de los efectos de la pandemia.

Ha sido crucial analizar estos años para la reapertura gradual de áreas públicas y el levantamiento de restricciones en festivales y otras celebraciones que fueron suspendidas, lo que significa un cambio en el panorama social y cultural de la ciudad. Esto ayuda a entender los procesos de recuperación y adopción de la vida urbana, reuniones públicas y la vida en transformación postpandemia dentro de este marco de tiempo. La importancia de este período se yuxtaponen a la contribución integral de los eventos públicos hacia la reconstrucción de la vida urbana después de la pandemia.

Consideraciones éticas de la investigación

La investigación se adelantó bajo los principios éticos de confidencialidad, respeto y consentimiento informado, asegurando que los participantes comprendieran el propósito de la investigación y aceptaran libremente su participación en ella. Las grabaciones y transcripciones fueron protegidas y usadas exclusivamente para fines investigativos.

Procedimiento para el análisis de resultados

La integración de los hallazgos obtenidos en las entrevistas, el grupo focal y los documentos institucionales se realizaron mediante un análisis comparativo, para identificar convergencias y divergencias entre las percepciones de los millennials y las representaciones oficiales. Se buscó comprender cómo los discursos institucionales impactan en las percepciones y apropiaciones del espacio por parte de los asistentes, explorando posibles tensiones entre el significado atribuido por los jóvenes y los dispositivos de control y gestión de estos eventos.

GEOGRAFÍA DE LA PERCEPCIÓN Y DE LOS IMAGINARIOS EN EL DESARROLLO DE LOS FESTIVALES MUSICALES.

El presente capítulo se basa en la categoría de la geografía de la percepción y de los imaginarios, de tal manera que se ahondará en la categoría y se intentará responder a los siguientes interrogantes: ¿Qué es la percepción del espacio? ¿Qué factores influyen en la forma en cómo los sujetos perciben los espacios? y por último ¿Qué papel juegan los imaginarios colectivos en la forma en la que los espacios son percibidos por la población abordada en esta investigación?

La geografía de la percepción estudia cómo las personas configuran su visión de un espacio y posteriormente lo integran como parte de una identidad colectiva, dependiendo de sus vivencias sensoriales, emocionales y sociales. Desde la postura de Alicia Lindón, el espacio no es solo un vacío, sino un contenedor físico, una construcción subjetiva que se configura en la vida cotidiana. Para esta autora el espacio adquiere sentido en la medida que es vivido física y emocionalmente, introduciendo una lógica sensible que convierte los entornos en sitios cargados de significado.

En cuanto a esto, la autora propone una geografía de la experiencia donde el espacio no puede separarse de la cotidianidad, los recuerdos, los afectos y las relaciones sociales que lo atraviesan. Así, la construcción espacial, o percepción del espacio, se encuentra impregnada por la subjetividad y se determina por el afecto y los sentidos, pudiendo dar lugar a una idea social del espacio que es asumida en común por un determinado grupo social. Es necesario aceptar que las maneras en las que se viven se sienten y se representan las espacialidades tienen que ser entendidas bajo un contexto cultural, biográfico, y determinado por una serie de dinámicas sociales.

La percepción del espacio

Desde la sociología, la percepción del espacio se entiende como una construcción social atravesada por condiciones estructurales, vínculos afectivos y referencias culturales. Las personas no perciben de forma neutra u objetiva: el espacio es interpretado a partir de la clase social, la experiencia vivida, las normas culturales y las interacciones cotidianas. De allí que el espacio se experimente de forma desigual, segmentada o incluso conflictiva.

Tal como lo expresa el entrevistado número 1:

“No he tenido mucha experiencia en participar en festivales de carácter público porque tengo una creencia que al ser público puede generar mayor congestión en el ingreso y en la permanencia, entonces, eso me limita... La experiencia, aunque no es igual de intensa, no es igual de segura como se percibe de pronto en una actividad de carácter privado... creo que se permea un fenómeno de clase.” (ANEXO 1)

Este testimonio refleja cómo las construcciones sociales —en este caso, la segmentación entre lo público y lo privado— se asocian a la seguridad, el disfrute y la pertenencia. Así, el espacio no es una entidad objetiva, sino un lugar simbólicamente codificado por narrativas de clase y exclusión. El espacio se construye socialmente. Esto indica que nuestros conceptos de lo que es un lugar, cómo debe ser utilizado y qué sentimientos puede evocar, se basan en convenciones, reglas, jerarquías y experiencias colectivas.

La percepción del espacio también está influenciada por relaciones de poder. Por ejemplo, algunos grupos sociales pueden sentirse excluidos o inseguros en ciertos espacios,

mientras que otros los experimentan como familiares e incluso se apropian de ellos. Autores como Michel Foucault han abordado este tema.

Desde la sociología cualitativa y la fenomenología, se estudia cómo los individuos y grupos atribuyen significados a los lugares a través de sus acciones, recuerdos y emociones. Esto está sustentado con el trabajo de Alicia Lindón y Erving Goffman, quienes examinaron con detenimiento el impacto de los espacios contextuales en las interacciones sociales.

El espacio no es sólo un escenario neutro y fijo, sino que es una construcción social en continuo cambio, moldeado por el poder, la cultura y la experiencia. Los grupos de personas categorizan o perciben espacios a base de emociones, memorias y experiencias que muchas veces crean el sentido de los lugares. Esta perspectiva, que se basa en los aportes de Michel Foucault, Erving Goffman y Alicia Lindón, muestra cómo los espacios también son sitios de luchas simbólicas donde algunos grupos pueden sentirse excluidos o, por el contrario, algunos grupos pueden apropiarse y pueden generar un sentido de pertenencia. Cambiarlos requiere atención especial, en el contexto de cómo pueden ser reinterpretados o transformados por nuevas prácticas sociales, afectivas o culturales que desafían las jerarquías establecidas e invitan a nuevas formas de experiencia colectiva.

Factores que influyen en la forma en la que se perciben los espacios

La percepción de los espacios no solo abarca la comprensión física u objetiva del entorno, sino que incluye factores sensoriales, emocionales, culturales y sociales que moldean la forma en que las personas comprenden, interpretan y significan un espacio. Según la geografía de la percepción y de los imaginarios, se entiende que los espacios urbanos cobran sentido a partir de construcciones simbólicas cargadas de sentido y que, a la vez, dependen de las experiencias, los valores y las relaciones que las personas establecen.

Primero, las experiencias sensoriales constituyen el espacio. Los estímulos que un individuo recibe a través de los sentidos como los sonidos, colores, olores y texturas afectan la manera en que un espacio es registrado y recordado. Por ejemplo, un lugar donde se gozan ciertos ruidos, olores y una densa cantidad de cuerpos en movimiento puede ser percibido como festivo, vibrante o estimulante.

A su vez, a esas experiencias se les agregan las emociones y afectos que el espacio en cuestión evoca. Espacios que traen a la mente sensaciones de seguridad, libertad y alegría, e incluso de miedo y rechazo, forman una cartografía emocional y subjetiva que varía de individuo a individuo.

La trayectoria biográfica y la memoria son otros elementos clave. Cada persona relaciona los espacios a recordar con las historias personales y acumuladas a través de vivencias en esos lugares. A su vez, los lugares poseen una sutil representación construida por una sociedad, y estos con connotaciones categóricas los resignifican en el transcurso del tiempo.

El testimonio del entrevistado número 2 permite ilustrar este punto:

“Haber asistido al Monumentum del año pasado en la Plaza de la Tadeo... me cambió totalmente la perspectiva de ese espacio que habitaba todos los días como estudiante... En ese momento me acogió como ciudadana y como persona en la fiesta... me sentí segura... que sueño estar de fiesta en la plazoleta de mi universidad.” (ANEXO 2)

Este tipo de resignificación muestra cómo una práctica simbólica, en este caso un evento musical, transforma radicalmente la vivencia del espacio. El lugar deja de ser un punto de tránsito para convertirse en un nodo emocional, lleno de sentido.

Factores como la memoria, la trayectoria biográfica y los imaginarios colectivos también condicionan la forma en que los sujetos experimentan un lugar. Como señala el mismo entrevistado:

“Nuestra generación creció habitando la calle para desarrollar su identidad... siento que para nosotros es muy importante el uso de los espacios públicos en la música... Rock al Parque marcó a estas generaciones porque crea lazos sociales, identidad y cultura.”

(ANEXO 3)

También intervienen variables estructurales como el poder, la vigilancia y la normatividad institucional. En el contexto de festivales, por ejemplo, varios participantes del grupo focal señalaron cómo el consumo de sustancias psicoactivas dentro del festival se percibe como “normalizado”, permitiendo una experiencia más libre y menos juzgada del espacio, a diferencia de lo que ocurriría en otros entornos.

“Siempre el disfrute de los festivales ha estado atado a luces, sustancias... poder hacerlo de manera segura.” (Participante 3)

“Para mí también están inmersas en el contexto... no solamente van a estar las sustancias ilegales, sino también las legales como el cigarrillo, la nicotina y el alcohol.” (Participante 4)

Además, la condición social del sujeto influye en su acceso, apropiación y valoración del espacio. Como lo sugiere un análisis complementario, la mayoría de los asistentes a estos festivales tienen niveles de formación universitaria o de posgrado, lo que revela una segmentación de clase que define quién puede pagar, habitar y resignificar estos escenarios culturales. Desde el punto de vista del paradigma socio-crítico y de las perspectivas de la geografía crítica, el espacio no se entiende como un contenedor neutro,

sino como una producción social determinada por las relaciones de poder que mediatizan unas condiciones materiales dadas por los sujetos.

En este sentido, como defiende Lefebvre (1974): "el acceso y la apropiación del espacio" no son sino esas estructuras económicas y simbólicas que reproducen las desigualdades sociales. La condición social del sujeto, por lo tanto, incide por sí misma en su posibilidad de habitar, resignificar y valorar los lugares; esto es visible en cómo la distribución de capital económico y cultural determina quienes poseen la posibilidad de acceder a determinados escenarios urbanos y culturales. Harvey (1973), por su parte, explica en el mismo sentido que el espacio urbano no es sino la expresión de las lógicas de capital y de la fragmentación de clase.

Por su parte, Bourdieu (1979) acompaña esa diferencia y los diferentes niveles de capital cultural que orientan los consumos simbólicos y las prácticas de distinción social. De este modo, podemos pensar que en el caso de los festivales musicales la alta proporción de asistentes con formación universitaria o de posgrado sería esa forma de exclusión, pero también existencia de una apropiación simbólica del espacio vinculado a esa pertenencia de clase; Hayden (1995) lo explica así cuando aborda los espacios culturales y urbanos como espacios que reproducen jerarquías sociales y memorias en tanto que esos lugares van constituyéndose como espacios jerárquicos.

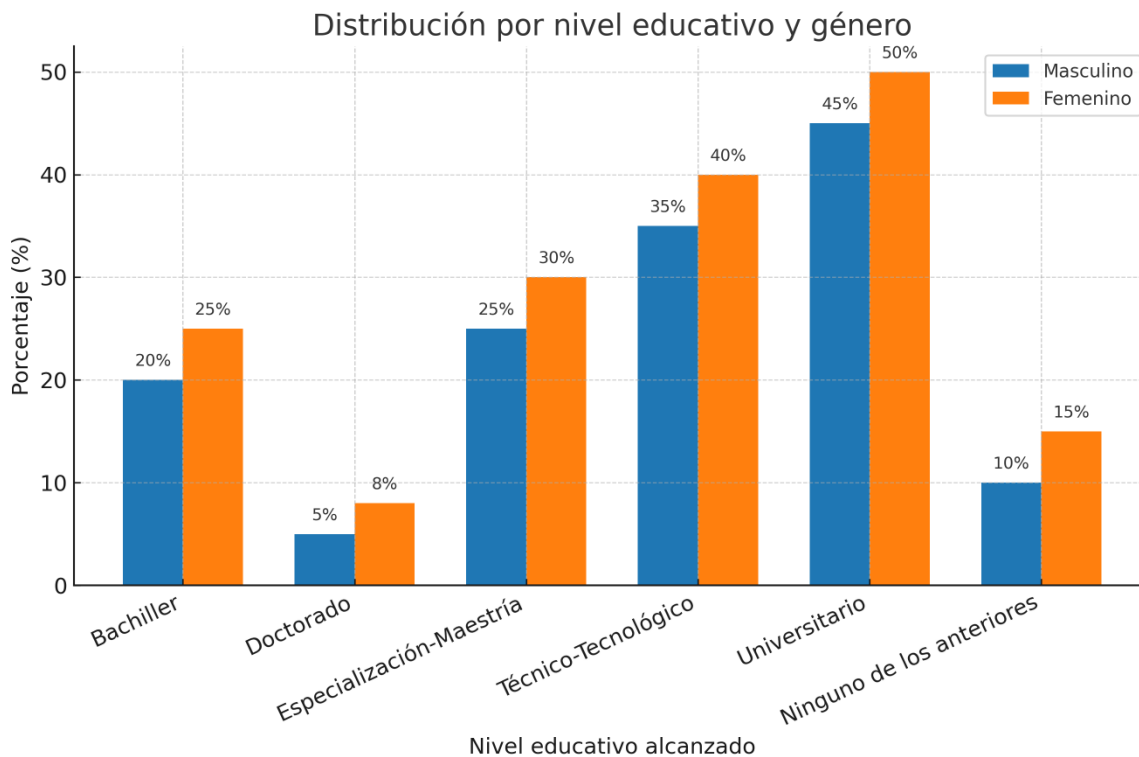
Las relaciones de poder de la misma manera moldean y condicionan cómo se percibe el espacio. El conjunto de normas respecto al uso, las prácticas de vigilancia o exclusión, y la distribución desigual de recursos da lugar a que algunos grupos sociales experimenten los espacios como accesibles, invitantes, amenazantes o restrictivos. Esta visión es sostenida por pensadores como Michel Foucault (1975) y Henri Lefebvre (1991) quienes advierten

que el espacio también es una expresión de las relaciones de poder existentes en una sociedad.

Si bien los participantes del grupo focal no hicieron especial énfasis en las relaciones de poder que pueden existir dentro de los festivales con respecto al uso de sustancias psicoactivas si dijeron de forma clara y abierta que en el espacio del festival el consumo de sustancias psicoactivas se encuentra generalizado y presente en todos los espacios que hay dentro del mismo, es decir que en este caso puntualmente todos los asistentes al festival que tienen prácticas de consumo se sienten integrados y no juzgados como pasaría un día cualquiera en un entorno fuera del festival, por tanto el conjunto de normas con respecto al uso del espacio se rompen y se acomodan a unas nuevas dinámicas creadas por los mismos asistentes, de tal forma que pueden experimentar el espacio como más accesible y menos restrictivo.

Con respecto a lo anterior se presentan la siguiente tabla y gráfico, que habla de la distribución de sexo, según el último nivel educativo alcanzado de consumidores de SPA asistentes a festivales musicales:

GRAFICO 5. DISTRIBUCION POR NIVEL EDUCATIVO Y GENERO DE LA POBLACIÓN



8. *Elaboración propia a partir del registro en base de datos, Proyecto Échele Cabeza*

El examen de la variable "nivel educativo" muestra que una proporción importante de las personas que asisten a estos festivales tenía formación universitaria y posgrados. No se toma este elemento como un indicador de clase social, sino como un componente que puede influir en las formas de percepción, valoración y apropiación del espacio festivo.

Un mayor nivel educativo puede estar vinculado a una actitud cultural que puede favorecer más el entendimiento del evento festivo como un lugar de encuentro simbólico, artístico y de construcción identitaria y no simplemente como consumo musical. Las extensiones de la investigación también demuestran, en cambio, una desigualdad de género significativa: en todos los niveles educativos analizados hay mayor presencia de hombres, incluso en el nivel de doctorado donde hay mayor presencia de hombres con un 84,61% con respecto al 15,38% de mujeres. Esto puede vehicular el hecho de que a pesar de las mejoras

a nivel educativo persisten las diferencias socio-culturales de género que son determinantes para participar en este tipo de espacios culturales, reproduciendo, por lo tanto, las dinámicas estructurales que quedan por encima del nivel formativo alcanzado.

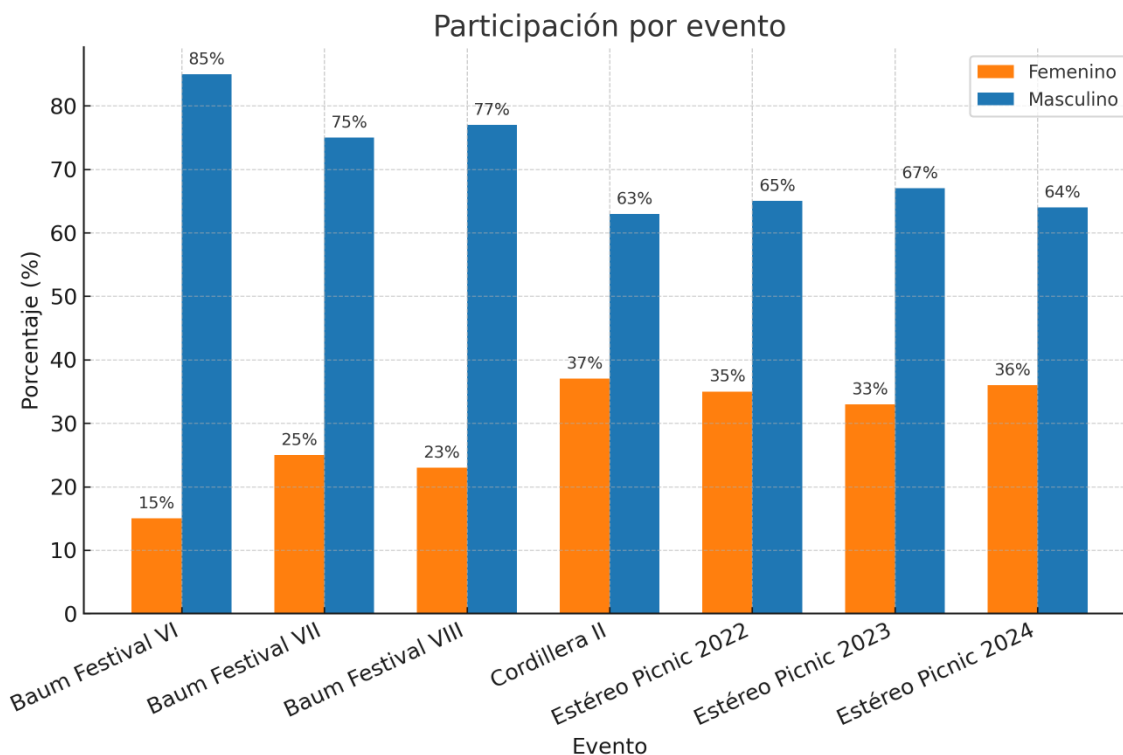
Papel que juegan los imaginarios colectivos en la forma en la que son percibidos los espacios

Para entender el papel que juegan los imaginarios colectivos en la forma en la que son percibidos los espacios se hace necesario primero mostrar las características del grupo poblacional que se está teniendo en cuenta para el desarrollo de esta investigación, a continuación se presentan varios gráficos en los cuales se puede ver la distribución de la muestra por género, rango de edad, localidad de residencia, último nivel educativo alcanzado, la distribución de la muestra cruzando el género y el rango de edad, la distribución de la muestra cruzando la localidad de residencia y el género y por último la distribución de la muestra cruzando la participación por evento y el género.

Los gráficos presentados son los que se han obtenido del tratamiento de la base de datos del grupo de personas que conforma la población de referencia de la investigación. La caracterización sociodemográfica -que incluye género, rangos de edad, localidad de residencia y el nivel educativo- permite comprender quiénes son las personas involucradas y de qué manera sus características inciden en la forma de percibir, habitar y resignificar los espacios de los festivales de música. En este sentido, estas variables no solamente se conciben como datos descriptivos, sino como la propia conformación de los imaginarios colectivos que media la experiencia del espacio. Así, también, los gráficos ilustran efectivamente un retrato estadístico de la población del grupo, como también aportan claves de interpretación

del papel que ejerce la actuación de esos imaginarios en la construcción simbólica de los lugares y de las formas de apropiación cultural que se han podido observar.

Gráfico 6. Distribución según género de los asistentes en cada evento.



9. Elaboración propia a partir del registro en base de datos, Proyecto Échele Cabeza

El análisis de la participación diferenciada entre hombres y mujeres en los festivales musicales permite reconocer la existencia de imaginarios sociales que configuran formas distintas de habitar y significar el espacio festivo. Desde la perspectiva de Bourdieu (1979, 1998), las prácticas culturales y las disposiciones corporales que orientan el comportamiento en estos escenarios se estructuran según el ímpetu de género, el cual legitima la presencia masculina como dominante en el espacio público y festivo, vinculada a la autonomía, la visibilidad y el goce sin restricciones.

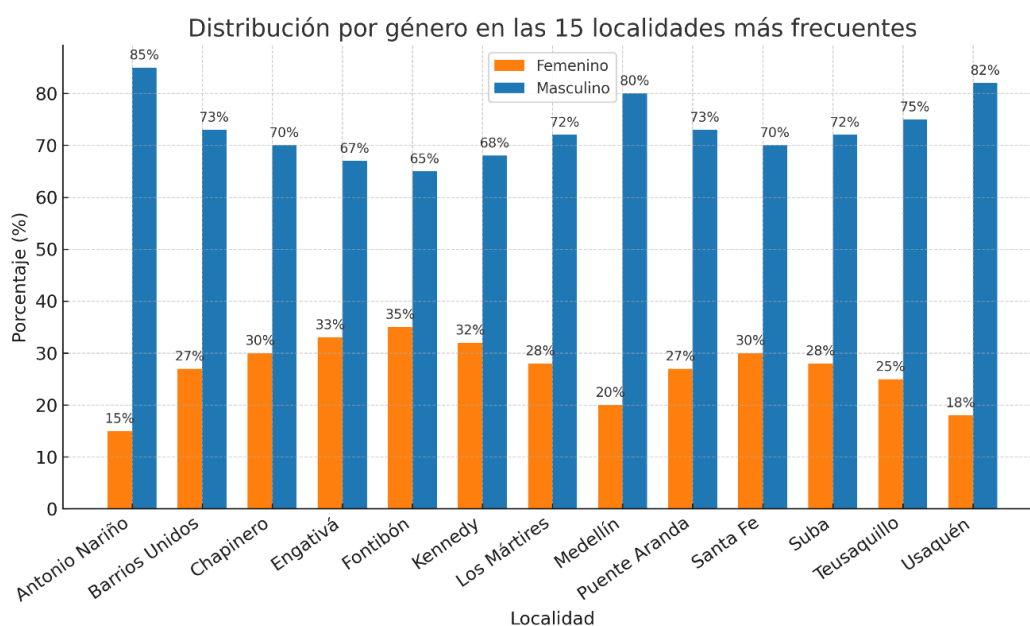
En contraste, la experiencia femenina suele estar mediada por imaginarios de cuidado, vigilancia o riesgo, que condicionan su manera de participar y generan estrategias de autocuidado y apropiación colectiva. Siguiendo a Lindón (2009), el cuerpo es una mediación fundamental en la producción de significados espaciales: a través de él, las mujeres negocian su presencia, redefinen los límites del territorio y resignifican su participación como acto de visibilización y resistencia simbólica. Así, los festivales musicales se constituyen en territorios donde los imaginarios de género se expresan y se disputan, revelando tensiones entre estructuras culturales que reproducen jerarquías tradicionales y prácticas emergentes que buscan reconfigurar la relación entre cuerpo, espacio y poder.

El estudio de la asistencia a los diferentes festivales musicales posibilita visibilizar la forma en que los imaginarios sociales vinculados al espacio festivo se construyen y se renuevan a lo largo del tiempo, representando tensiones entre las prácticas culturales, las maneras de consumo simbólico y los modos de habitar la ciudad. En la visión de Bourdieu (1979), los festivales son lugares de distinción y validación del capital cultural, donde los gustos musicales, los estilos de vidas y la asociación a ciertos circuitos de consumo se comportan como marcadores de la posición social.

Con todo, esas formas de distinción tienden a evolucionar con el tiempo por la masificación y la diversificación de las audiencias, lo que acaba modificando las fronteras entre el prestigio simbólico y la apropiación colectiva del espacio. A su vez, al mantener la línea de Lindón (2009), el espacio no solo se ocupa, sino que se carga corporalmente de significados, por lo que los festivales deben ser entendidos también como espacios de los cuerpos que expresan libertad, afectividad y resistencia, al tiempo que almacenan memorias y experiencias de generaciones que se reconstituyen a cada edición.

De esta forma, los imaginarios que se expresan a partir de la participación en los festivales musicales permiten vislumbrar un pasaje desde el espacio como lugar de diversión y transgresión hacia una concepción más concienciada y política del territorio donde tienen cabida el capital cultural, las prácticas estéticas y las formas contemporáneas de habitar, colectivamente, la ciudad.

Gráfico 7. Distribución de género de los asistentes de la población millennial según la localidad de residencia (15 más frecuentes)



10. Elaboración propia a partir del registro en base de datos, Proyecto Échele Cabeza

La distribución por localidad pone de manifiesto el claro equilibrio de género en la asistencia a los festivales, ya que la mayoría de las localidades muestran porcentajes entre el 67% y el 84% de asistencia masculina. En las localidades de estratos medio-altos, como Chapinero, Teusaquillo y Usaquén, también existe una notable concentración del número de individuos, lo que indica que los hombres que provienen de los grupos socioeconómicos más favorecidos y los de mayor educación acceden mejor a este tipo de actividades culturales. En

las localidades populares, como Kennedy o Fontibón, la asistencia femenina es menor, así como el número de individuos totales, lo que indica que las desigualdades de género y de clase presentes en el contexto colombiano continúan limitando el acceso a este tipo de eventos.

Los datos muestran claramente que la asistencia a los festivales, y según los datos del proyecto Échele Cabeza, es un aspecto marcado por una notable preferencia masculina que persiste en todos los años, niveles de formación, edades y lugares contempladas. A pesar de que la mayor parte de los asistentes posee una condición procedente de estratos medios y medios-altos, con niveles culturales altos y altos ingresos, la mantenida presencia de la diferencia parece corroborar que la masculinización del espacio festivo no es solo una cuestión de nivel económico y de educación, sino también de trayectorias sociales y culturales que naturalizan la presencia masculina en el espacio público y en la práctica de ocio urbano. En este sentido, el ir conociendo desde donde proviene esta mayoría masculina nos permite percatarnos de cómo se van tejiendo determinados imaginarios de libertad, dominio y legitimidad en el uso del espacio en contraposición con el uso de las mujeres, que han sido históricamente más reservadas y vigiladas; es así como, la desigual presencia por razón de género no hace más que volver a reproducir las brechas estructurales existente por razón de clase y de poder en la ciudad, en la que también vamos modelando los significados y las formas de apropiación simbólica de los festivales como territorios culturales.

Los imaginarios colectivos desempeñan un papel fundamental en la forma de percibir el espacio, ya que actúan como sistemas simbólicos compartidos que organizan las representaciones sociales de los lugares y regulan las prácticas cotidianas de los sujetos. No se trata de imaginarios que surgen de la nada, sino que se forjan lentamente a partir de relatos culturales, vivencias históricas, discursos institucionales, medios de comunicación y

memorias colectivas que construyen significado sobre ciertos espacios, por ejemplo en este caso la entrevistada número 3 refirió que hoy en día puede cambiar el imaginario colectivo que se tiene sobre un espacio y su percepción según el uso que se les dé, puntualmente menciona al Bronx como un lugar que históricamente había sido imaginado y construido socialmente como un lugar peligroso y marginal, en la actualidad debido a la transformación de su uso, ha pasado a considerarse como un lugar de interés cultural y seguro, que reúne personas con los mismos intereses, en este caso la música.

“Dependiendo del tipo de evento, el festival puede cambiar la percepción del lugar... el Bronx, que históricamente era considerado peligroso, hoy, gracias a los eventos culturales, se resignifica como un lugar seguro, de encuentro y de interés.”

(ANEXO 4)

Esta percepción colectiva del espacio puede modificarse de acuerdo con los nuevos usos, apropiaciones o experiencias que allí ocurren. Lo que antes era estigmatizado puede resignificarse como símbolo de cultura, identidad o resistencia urbana.

Las entrevistas también revelan diferencias en cómo se interpreta el carácter público o privado de un evento:

“Me resulta más agradable un lugar que sea un espacio público porque siento que mi dinero termina en manos del Estado y no solo en los organizadores.” (ANEXO 5)

Estas apreciaciones reflejan cómo el imaginario del espacio está mediado por percepciones de valor colectivo, sentido de pertenencia y redistribución simbólica del poder.

Como resultado, los imaginarios colectivos se convierten en una forma dominante a través de la cual la aprehensión de la experiencia espacial de diferentes grupos sociales se

racionaliza de manera articulada, ya que establecen los límites simbólicos de lo que es posible, deseable o permisible en un contexto dado.

De acuerdo con Alicia Lindón (2009), la geografía de los imaginarios y la percepción espacial deben entenderse como procesos relacionales y complejos, en los que el espacio deja de ser un mero contenedor de objetos para convertirse en una construcción simbólica cargada de significados, afectos, memorias y relaciones de poder. Desde esta perspectiva, el espacio es un resultado dinámico de las experiencias vividas y de las prácticas cotidianas que lo dotan de sentido. Esta mirada permite comprender cómo, en el caso contemporáneo, los millennials consumidores de SPA asistentes a festivales musicales reinterpretan y resignifican los lugares donde se desarrollan los festivales de música en Bogotá, otorgándoles nuevos valores simbólicos y culturales que transforman su percepción del entorno urbano (Lindón, 2009).

Este capítulo permite comprender que la percepción del espacio es un fenómeno complejo, condicionado por trayectorias sociales, prácticas culturales, emociones colectivas y disputas simbólicas. La geografía de los imaginarios y de la percepción, más que caracterizar lugares, revela cómo se sienten, se habitan y se resignifican los territorios desde las experiencias concretas de quienes los transitan.

Por último, la percepción del espacio no puede desvincularse de los imaginarios colectivos de los usuarios de SPA, las emociones, las relaciones de poder ni de las trayectorias sociales que configuran nuestra manera de habitar y experimentar los territorios urbanos. Los festivales, como expresiones efímeras, pero altamente simbólicas, revelan cómo los sujetos reconfiguran los sentidos del espacio desde sus memorias, prácticas culturales y vínculos afectivos.

Así, el espacio público deja de ser un escenario pasivo para convertirse en un campo dinámico de resignificación, donde se negocian sentidos, se disputan usos y se activan nuevas

formas de relación entre las personas y su entorno. Esta comprensión nos conduce directamente al plano de la vida cotidiana, donde esos procesos de resignificación adquieren una dimensión práctica, emocional e identitaria más arraigada dada la posibilidad de un consumo seguro y acompañado. En el próximo capítulo exploraremos cómo los significados atribuidos a los espacios se construyen, habitan y transforman en las rutinas diarias, revelando las formas concretas en que los sujetos se apropian de su realidad social desde lo más íntimo hasta lo más colectivo.

SIGNIFICADOS Y FORMAS DE APROPIACIÓN DE LOS FESTIVALES DE MÚSICA EN LA VIDA COTIDIANA DE LOS CONSUMIDORES DE SPA.

La vida cotidiana, lejos de constituir un plano de acciones mecánicas o triviales, se configura como un espacio simbólicamente cargado en el que los sujetos producen, reproducen y disputan significados sobre su entorno. En el caso particular de los consumidores de sustancias psicoactivas, la vida cotidiana adquiere una densidad específica, pues en sus prácticas diarias se entrecruzan experiencias de estigmatización, control social, resistencia y resignificación de los lugares que habitan, transitan o apropian. Es en ese entramado cotidiano donde se configuran sus relaciones con los espacios, se definen pertenencias frecuentemente precarias o disputadas y se expresan estrategias de adaptación, sobrevivencia y contestación frente a los órdenes sociales dominantes.

Desde la sociología, comprender la vida cotidiana de esta población implica observar cómo los hábitos, emociones, discursos, trayectorias y estrategias de los consumidores de sustancias psicoactivas dan lugar a modos concretos de apropiación del espacio, revelando dinámicas culturales, jerarquías sociales e imaginarios compartidos que operan tanto desde la exclusión como desde la agencia. Este enfoque permite reconocer que los espacios no son vividos de manera neutra, sino atravesados por relaciones de poder, memorias colectivas y significaciones construidas desde posiciones sociales específicas.

En este sentido, la pertinencia del análisis que propone la tesis se fundamenta en considerar la vida cotidiana de los consumidores de sustancias psicoactivas como un campo simbólico privilegiado, desde el cual es posible comprender los procesos de construcción y transformación de los significados espaciales. Este capítulo busca responder tres preguntas fundamentales: cómo se construyen socialmente los significados atribuidos a los espacios en

la vida cotidiana de los consumidores de sustancias psicoactivas, cómo y cuándo se producen procesos de resignificación de los espacios que estos sujetos habitan o frecuentan y qué papel juega la memoria colectiva en dichos procesos.

La respuesta a estos interrogantes permite comprender la vida cotidiana no solo como el escenario donde los sujetos viven los espacios, sino como un ámbito desde el cual los consumidores de sustancias psicoactivas los transforman activamente a partir de sus experiencias sensibles, trayectorias sociales y relaciones cotidianas, poniendo en evidencia formas alternativas de habitar y significar la ciudad.

Construcción social de los significados atribuidos a los espacios

La construcción social de los significados atribuidos a los espacios no depende exclusivamente de su configuración física, sino del entramado de prácticas, emociones, memorias y representaciones que las personas proyectan sobre ellos. Desde la perspectiva de Henri Lefebvre (1974), el espacio es un producto social: se constituye mediante la interacción entre el espacio percibido (las prácticas materiales y usos cotidianos), el espacio concebido (las representaciones institucionales y planificaciones) y el espacio vivido (la dimensión simbólica y afectiva). Así, los significados emergen de la articulación dinámica entre estos tres niveles, que se transforman con las acciones y apropiaciones de quienes los habitan.

Por su parte, Serge Moscovici (1961) sostiene que las personas interpretan la realidad a través de representaciones sociales, es decir, marcos simbólicos compartidos que permiten comprender y dotar de sentido a los entornos. Estas representaciones funcionan como matrices culturales que orientan lo que se recuerda, lo que se valora y lo que se teme en ciertos lugares. En este sentido, los espacios no son neutros: están cargados de imágenes

colectivas y significados que circulan socialmente y que modelan la manera en que se viven y evalúan.

Complementariamente, Alicia Lindón (2007) plantea que los lugares se configuran a partir de las experiencias sensibles, las emociones y los vínculos cotidianos que las personas depositan en ellos. Un mismo sitio puede significar libertad, amenaza, encuentro o rutina, dependiendo de las historias, trayectorias y corporalidades que lo atraviesan. De ahí que los significados espaciales no sean universales, sino profundamente situados y subjetivados, aunque en diálogo constante con imaginarios colectivos más amplios.

En esta línea, Bernard Debarbieux (1995) afirma que la construcción simbólica del espacio depende tanto de las prácticas como de los procesos de identificación territorial. Los espacios adquieren sentido cuando se integran a narrativas compartidas —festivas, afectivas, políticas o históricas— que otorgan coherencia a la experiencia individual y colectiva. De este modo, la producción de significados se convierte en un proceso de territorialización simbólica que define pertenencias, usos legítimos y formas de habitar.

Cuando un festival de música irrumpe en un parque, plaza o calle, activa un proceso intenso de reconfiguración simbólica del espacio. Siguiendo a Lefebvre, el espacio percibido cambia porque aparecen prácticas nuevas —bailar, saltar, cantar, ocupar zonas específicas— ; el espacio concebido se redefine mediante la organización logística —tarimas, vallados, señalización—; y el espacio vivido se transforma por la experiencia colectiva que deja huellas afectivas, sensoriales y memorísticas.

Desde Moscovici, estas prácticas producen nuevas representaciones sociales: el parque deja de ser solo un lugar de tránsito y se convierte en un territorio festivo, asociado a

música, libertad, encuentro o diversión. Las entrevistas y el grupo focal muestran cómo los asistentes reinterpretan lugares emblemáticos de la ciudad a partir de lo vivido en los festivales: *“después de Rock al Parque, ese parque ya no es igual”*, *“cuando paso por ahí me acuerdo de la energía de la gente”*.

Lindón ayuda a comprender cómo estas transformaciones son profundas porque operan desde lo sensible: los olores de la comida callejera, las luces, la vibración del sonido, la cercanía de los cuerpos y la intensidad emocional del evento se convierten en marcadores afectivos que reconfiguran la percepción del sitio. En los relatos del grupo focal aparecen expresiones como *“sentí que el parque era otro mundo”* o *“la energía del público cambió completamente el ambiente”*.

Desde Debarbieux, estos procesos derivan en territorializaciones temporales: durante el festival el espacio adquiere un “código” propio, una identidad simbólica que reorganiza el sentido del lugar. Aunque efímera, esta territorialidad puede prolongarse en la memoria colectiva, generando nuevos imaginarios urbanos que se superponen a los usos habituales. Los asistentes del grupo focal lo expresan al señalar que *“ese lugar ya quedó marcado como el sitio del festival”*, o *“desde ese evento, lo siento más mío, más vivo”*.

Cómo y cuándo se produce la resignificación de los espacios

La resignificación de un espacio ocurre cuando cambia su sentido simbólico como resultado de nuevas experiencias, usos sociales, apropiaciones culturales o transformaciones políticas. Esta reconfiguración no es automática: se produce en momentos específicos donde se quiebra la relación anterior con el lugar y se le otorgan nuevos significados, afectos o narrativas.

Así lo expresa el entrevistado número 2, al referirse a eventos recientes en Bogotá:

“Siento que es muy efectivo, ya que lo que busca precisamente es resignificar espacios públicos que no se habían pensado de ninguna forma... como en la Plaza Bolívar, la plazoleta de la Tadeo o el Bronx... nunca había habido un festival de esta magnitud y de este tipo de música.” (ANEXO 6)

En este caso, lugares antes marginales, invisibilizados o estigmatizados —como el Bronx— han sido intervenidos y reactivados como espacios culturales mediante festivales y actividades creativas. Esta resignificación implica no solo un cambio funcional del espacio, sino una transformación profunda en las emociones, los recuerdos y las proyecciones colectivas asociadas a él.

Como plantean Lefebvre y Lindón, resignificar no es solo cambiar el uso de un lugar, sino alterar las estructuras simbólicas que lo definen, lo cual ocurre frecuentemente a través del arte, la cultura y la acción colectiva. Esta nueva forma de relación con el territorio suele surgir de procesos de resistencia frente a narrativas dominantes, exclusiones estructurales o dinámicas de gentrificación.

¿Qué papel juega la memoria colectiva en el proceso de resignificación del espacio urbano?

La memoria colectiva es fundamental en la resignificación del espacio urbano, ya que constituye el vínculo entre el pasado vivido, el presente compartido y las aspiraciones futuras de una comunidad. El espacio urbano no solo es habitado físicamente, sino que también es recordado y narrado, convirtiéndose en un archivo simbólico. Como plantea Lefebvre, cada espacio contiene huellas de las prácticas sociales que lo han constituido históricamente. Desde esta perspectiva, la producción social del espacio implica comprender que las formas,

usos y significados urbanos son resultado de procesos sociales que se acumulan y se actualizan en el tiempo, articulando lo material con lo simbólico.

El entrevistado 2 lo expresa con claridad al referirse a la relación entre festivales y generaciones:

“La creación de Rock al Parque en Bogotá marcó estas generaciones... crea identidad en estos espacios, lazos sociales, todo un entorno cultural alrededor de la música... sobre todo de las tribus urbanas.” (ANEXO 7)

Este relato ilustra cómo eventos culturales repetidos en el tiempo consolidan una memoria afectiva compartida, que convierte los lugares en hitos de pertenencia y reconocimiento. La memoria colectiva permite, así, consolidar una nueva identidad territorial y resignificar lugares antes percibidos como marginales o ajenos.

Apropiarse de un espacio en la vida cotidiana implica mucho más que habitarlo físicamente: es una práctica profundamente simbólica, afectiva y política. Como señala Lindón, los sujetos construyen significados, activan memorias y resignifican lugares a través de sus emociones, trayectorias y vínculos comunitarios. Los festivales musicales, como prácticas culturales efímeras pero intensas, son escenarios privilegiados donde se expresan estos procesos de resignificación, permitiendo reconfigurar la percepción del espacio urbano desde la experiencia compartida.

Sin embargo, estas resignificaciones no se producen de forma neutral: se codifican mediante lenguajes visuales, sonoros y corporales que dotan al espacio de sentidos específicos. Es en este punto donde la socio-semiótica del espacio público cobra relevancia. En el siguiente capítulo, exploraremos cómo los festivales y las prácticas musicales transforman los espacios urbanos en territorios cargados de signos y símbolos, donde se disputan significados, se producen identidades colectivas y se redefinen los límites entre lo

público y lo privado. La vida cotidiana, resignificada por la música, se convierte así en un acto semiótico que reescribe la ciudad.

Al examinar las intervenciones llevadas a cabo dentro del grupo focal, observamos cómo los millennials consumidores de SPA asistentes a festivales musicales asumen que los espacios de los festivales son más que escenarios desde los cuales ver espectáculos. Los mismos son entendidos como lugares donde se puede circular libremente y buscar la comodidad y el bienestar personal, siempre que existan condiciones de seguridad e infraestructura óptimas para que el lugar sea percibido como cultural y socialmente placentero.

En la actualidad, los festivales y los lugares que ocupan se constituyen en una memoria colectiva de encuentros y de expresiones de identidad; acontecimientos como Rock al Parque o lugares como el Parque Simón Bolívar son recordados emocionalmente y se consideran íconos que condensan tanto la memoria colectiva como la transformación urbana. El sentido del espacio está mediado por las experiencias casi vividas y por los estereotipos culturales, los cuales pueden reafirmarse o transformarse mediante una experiencia viva.

Socio-semiótica del espacio público

El presente capítulo aborda la categoría socio-semiótica del espacio público en él y para el desarrollo de este se tendrán en cuenta las siguientes 3 preguntas orientadoras: ¿Cómo se produce socialmente el espacio público y qué papel cumplen los festivales en esa reconfiguración según Harvey, Soja y Lefebvre?, ¿De qué manera las prácticas materiales y simbólicas de los millennials particularmente los consumidores de SPA asistentes a festivales musicales durante los festivales construyen significados socio-semióticos sobre los lugares donde ocurren? Y ¿Qué tensiones, disputas o resignificaciones emergen en estos espacios

festivos y cómo permiten leerlos como sistemas de signos propios del contexto urbano contemporáneo?

La socio-semiótica del espacio público ofrece una posibilidad clave que nos permite comprender de qué modo los espacios urbanos cobran sentido a partir de la práctica, la percepción y la construcción simbólica de los sujetos en un contexto en el que lo colectivo tiene un papel fundamental. Es así como, en el caso de los festivales de música, esta forma de mirar nos permite reflexionar sobre las maneras en que parques, plazas, explanadas, etc., dejan de ser espacios físicos, para convertirse en territorios en donde se activan y emergen sentidos afectivos, culturales, políticos en el contexto de la experiencia festiva, por la forma de construir significado que construyen especialmente entre los jóvenes millennials objeto de este proyecto de investigación.

Continuando con Harvey, Soja y Lefebvre, el espacio público no es neutral, sino que, por el contrario, se trata de un texto inacabado y dinámico producido y re-producido a partir de maneras y formas de uso corporales, apropiaciones temporales, emociones colectivas y estructuras de poder que ahí operan. De esta manera, acercarse socio-semióticamente al espacio permite poner sobre la mesa las capas de significado, las disputas, las tensiones, las identidades que emergen cuando miles de cuerpos y sonidos convierten momentáneamente la ciudad en un territorio festivo y significativo.

El espacio público como construcción social: de escenario a agente simbólico.

Desde la geografía crítica, David Harvey (1990) y Edward Soja (1996) sostienen que el espacio no funciona como un simple soporte donde ocurren actividades sociales, sino como un componente constitutivo de la vida colectiva. Los lugares donde se realizan festivales —

parques metropolitanos, plazas o explanadas— se convierten en territorios donde se materializan relaciones de poder, sensibilidades culturales e identidades.

Esta dimensión aparece claramente en los testimonios de los entrevistados. Un asistente afirma que Bogotá “está incursionando en ampliar más espacios para la recreación... estos festivales implican una organización que no afecte a la comunidad” (Entrevista 1). Otro enfatiza la importancia simbólica del Parque Simón Bolívar: “para mí significa un lugar de libertad dentro de la naturaleza... un espacio dentro de la ciudad que está pensado para reunir gente” (Entrevista 2). Estas percepciones coinciden con lo que Lefebvre (1991) denomina espacio vivido: aquel donde la experiencia y el afecto transforman el sentido mismo del lugar.

Incluso cuando los asistentes expresan críticas sobre aforo, seguridad, accesibilidad o infraestructura, reconocen que estos espacios urbanos adquieren un significado particular durante los festivales. Como señala otra entrevistada, “siento que en Bogotá no hay realmente muchos espacios adecuados... pero el Simón Bolívar funciona como un lugar que acoge la experiencia” (Entrevista 3). La noción de que el espacio cambia su función y su valor simbólico durante el festival coincide con la idea lefebvriana de que la producción del espacio es siempre social y dinámica.

Así, los festivales no solo ocupan los espacios públicos: contribuyen a producirlos simbólicamente, activando memorias, emociones y vínculos colectivos.

Prácticas materiales y simbólicas: millennials consumidores de SPA asistentes a festivales musicales como productores de significado

La socio-semiótica del espacio público entiende que el espacio es un texto social que se lee a partir de prácticas corporales, materialidades y significados compartidos. En el caso de los millennials consumidores de SPA asistentes a festivales musicales, estas prácticas se

caracterizan por una combinación de experiencias sensoriales, interacción social, consumo musical y apropiación simbólica del entorno.

Los testimonios de las entrevistas muestran cómo estas prácticas producen significados. Un participante explica: “para que la experiencia sea significativa... es importante la preparación, el autocuidado, el grupo, la logística... eso hace que el espacio se sienta seguro y memorable” (Entrevista 1). Esta forma de vivir el espacio va más allá del uso físico: implica rituales, afectos y códigos colectivos que reconfiguran el lugar.

En otros casos, la dimensión sensorial del espacio es determinante. Como señala una entrevistada: “en lugares al aire libre con buen clima, el consumo y la experiencia se sienten diferentes... respirar aire puro bajo el efecto de la música es súper importante” (Entrevista 2). Aquí el espacio actúa como un operador simbólico que modula sensaciones, comportamientos y percepciones.

Para los millennials consumidores de SPA asistentes a festivales musicales, los festivales también son momentos de identidad generacional, como señala otra entrevistada: “crecimos habitando la calle... nuestra identidad se construyó en el espacio público, no encerrados. La música en la ciudad es fundamental para nosotros” (Entrevista 2). Este reconocimiento coincide con lo que plantea Soja (1996) sobre la espacialidad postmoderna: los jóvenes convierten los lugares en plataformas para la expresión identitaria.

Lo simbólico y lo material se articulan constantemente: las luces, el sonido, los cuerpos y los desplazamientos generan marcas afectivas que transforman la relación con el lugar. Un participante lo expresa así: “el solo hecho de la fiesta es una reunión de amigos, de conocer personas, de coincidir con otros gustos... el espacio se siente como un territorio común” (Entrevista 5).

Así, los consumidores de SPA no son solo asistentes en festivales musicales, son productores activos de significados socio-semióticos sobre el espacio donde estos se realizan.

Tensión, disputa y resignificación: el espacio público como texto en movimiento

Harvey y Soja plantean que el espacio urbano es un campo de disputas donde convergen intereses institucionales, trayectorias ciudadanas, normas y resistencias. Los festivales activan estas tensiones al transformar temporalmente el sentido y los usos del espacio público.

Las entrevistas revelan estas tensiones de manera clara. Una entrevistada afirma que festivales como *Monumentum* o los eventos en el Bronx “rompen paradigmas” y permiten ver lugares estigmatizados desde otra mirada: “me permitió ver el espacio con otros ojos... sentirme acogida por un lugar que habitaba todos los días pero que nunca había vivido como espacio de fiesta” (Entrevista 2). Esto evidencia procesos de resignificación profunda del espacio urbano.

En otros casos, los asistentes destacan cómo la organización del festival influye en la percepción del lugar: “un evento puede hacerse en un lugar recóndito... pero si se hace con buena logística, resignifica el espacio y mejora la forma en que lo percibimos” (Entrevista 3).

También emergen disputas simbólicas asociadas a la seguridad, el consumo o el control institucional. Un entrevistado advierte que “últimamente el ambiente general de la fiesta se ha puesto un poco inseguro... los espacios cerrados dificultan respirar, moverse, encontrar ayuda” (Entrevista 5). Estas tensiones evidencian cómo el espacio se vuelve un campo de negociación entre vivencias juveniles, gestión institucional y dinámicas corporales.

Sin embargo, incluso cuando la resignificación es temporal, deja huellas afectivas y simbólicas. Como expresa otro participante: “el espacio cambia mientras dura el festival, luego vuelve a su cotidianidad... pero uno ya lo recuerda de otra forma” (Entrevista 5).

Los festivales, como textos socio-semióticos, permiten observar:

- Memorias urbanas compartidas
- Identidades juveniles territorializadas
- Tácticas de resistencia simbólica
- Disputas por los usos del espacio
- Transformaciones del sentido urbano

A partir de las aportaciones de Harvey, Soja y Lefebvre, este capítulo construye una lectura socio-semiótica del espacio público dentro del contexto de los festivales de música y su relación con la generación millennial consumidores de SPA asistentes a festivales musicales. Desde esta perspectiva, el espacio no es un escenario estático, sino una construcción social dinámica que se transforma mediante prácticas materiales y simbólicas. Los festivales, al activar nuevas formas de interacción, apropiación y significación, revelan cómo los jóvenes no solo usan la ciudad, sino que la producen simbólicamente, elaborando imaginarios, identidades y memorias que reconfiguran los lugares donde ocurren estos eventos.

LOS TERRITORIOS MUSICALES EN EL MARCO DEL CONSUMO DE SPA EN LOS FESTIVALES DE MÚSICA.

El vínculo entre la socio-semiótica del espacio público y los territorios musicales desde la sociología muestra que el entorno urbano es un área de reproducción simbólica donde la música, como medio social, puede participar en la construcción de los lugares, así como en la visibilidad de ciertos sujetos colectivos y el cambio en la significación de los espacios públicos a través de procesos de apropiación cultural y resignificación.

Para el desarrollo del presente capítulo se plantearon también tres preguntas orientadoras: ¿De qué manera influyen las prácticas musicales en la construcción de los imaginarios colectivos sobre el espacio público? , ¿ Cómo influyen los procesos de apropiación cultural y resignificación musical en la construcción de memoria colectiva e identidad urbana? y por último ¿Cómo se construyen y transmiten las formas de apropiación territorial a través de prácticas musicales que se llevan a cabo en el espacio público?. Por medio de estas preguntas se busca explicar de qué manera se producen las distintas formas de apropiación en los espacios donde se llevan a cabo los festivales de música en Bogotá y cómo estas se ven influenciadas por las percepciones y significados que les ha sido atribuido a través del tiempo.

Influencia de las prácticas musicales en la construcción de los imaginarios colectivos sobre el espacio publico

Desde una perspectiva sociológica y antropológica, las prácticas musicales desempeñan un papel decisivo en la formación de imaginarios colectivos sobre el espacio público, pues operan como formas de expresión simbólica que reconfiguran los significados urbanos a partir de la percepción, la experiencia sensible, la emoción compartida y la

identidad cultural. La música como han señalado Franco Fubini (2001) y Josep Martí (2000) no es únicamente un fenómeno estético, sino un modo de conocimiento: un saber sonoro que permite a los sujetos interpretar su entorno, vincularse con él y elaborar sentidos colectivos sobre los lugares que habitan. Esta capacidad cognitiva y simbólica de la música se intensifica en contextos urbanos abiertos, donde las prácticas musicales se convierten en agentes activos de producción espacial.

Tal como plantea Henri Lefebvre (1991), el espacio público es una construcción social producida en la interacción entre prácticas, representaciones y experiencias. En esta clave, los actos musicales —conciertos, festivales, intervenciones callejeras o rituales espontáneos— son momentos performativos que contribuyen directamente a la (re)producción simbólica del espacio urbano, generando significados colectivos que superan la dimensión material del lugar. A ello se suma la perspectiva fenomenológica del sonido propuesta por Ian Cross (2003), quien sostiene que la música tiene la capacidad de coordinar expectativas sociales, regular interacciones y crear estados de comunalidad temporal. Bajo esta luz, la música en el espacio público no solo altera la atmósfera acústica, sino que organiza nuevas formas de estar-juntos en la ciudad.

Cuando los sonidos irrumpen en el espacio público, se desencadena una reorganización simbólica del entorno. Se transforman las normas corporales del lugar, emergen emociones colectivas, se activan memorias previas y se producen significados compartidos. En consonancia con lo señalado por Elizabeth Tolbert (2001), la música se convierte en una narrativa cultural que enlaza pasado, presente y futuro, moldeando los imaginarios que las comunidades construyen sobre sí mismas y sobre los territorios que habitan. Estos procesos confirman lo propuesto por Alicia Lindón (2007) respecto a la “geografía de la experiencia”: lo vivido y lo afectivo son dimensiones constitutivas de la

espacialidad urbana, especialmente cuando la música actúa como mediadora entre los cuerpos y la ciudad.

En este marco, espacios cotidianos como parques, plazas, calles y zonas de tránsito se transforman en escenarios simbólicos, cargados de significados que desbordan lo tangible. A través de la música, estos lugares se asocian con libertad, creatividad, disidencia, juventud, resistencia y comunidad, articulando lo que Fubini y Martí denominan universos de sentido sonoro, donde las experiencias afectivas colectivas se vuelven referentes identitarios. Por ello, un espacio antes percibido como monótono o inseguro puede convertirse en un hito cultural mediante la apropiación musical, resignificándose como un territorio emocional y simbólico para los asistentes.

Estas reconfiguraciones también exponen las relaciones de poder que atraviesan el espacio público. La música, como lenguaje social y performativo, evidencia tensiones entre usos institucionales y apropiaciones comunitarias, entre discursos normativos del orden urbano y expresiones juveniles espontáneas. En esta dinámica, las bandas, DJs o colectivos callejeros no solo producen sonido, sino que desafían representaciones hegemónicas del espacio, proponiendo nuevas maneras de habitar la ciudad. Desde una perspectiva socio-semiótica, la música se convierte en un complejo sistema de signos —sonoros, corporales, visuales, emocionales— que opera como agente activo en la configuración de imaginarios urbanos contemporáneos.

En síntesis, las prácticas musicales en el espacio público no son meros sonidos que circulan por la ciudad: producen, transforman y expanden imaginarios colectivos, revelando la multiplicidad simbólica, afectiva y política del territorio urbano. Los territorios musicales se consolidan, así, como espacios privilegiados para comprender cómo los sujetos —y en

especial los jóvenes millennials consumidores de SPA asistentes a festivales musicales — se apropian, resignifican e imaginan sus ciudades a través de la cultura sonora.

Influencia de los procesos de apropiación cultural y resignificación musical en la construcción de memoria colectiva e identidad urbana

La interrelación entre música, espacio y sociedad permite entender los festivales y prácticas sonoras urbanas como fenómenos culturales que exceden el entretenimiento, convirtiéndose en dispositivos de producción de memoria, identidad y territorialidad. Como plantean Martí y Fubini, la música actúa como un “archivo sensible” que conserva, transmite y recrea significados culturales, operando como un puente entre pasado y presente. Esta capacidad se potencia en el espacio público, donde las prácticas musicales adquieren una dimensión colectiva que influye en la configuración de identidades urbanas.

Desde la perspectiva de Henri Lefebvre (1991), la apropiación cultural del espacio surge de la negociación entre las estrategias institucionales (programaciones oficiales, ordenamientos, normativas) y las tácticas cotidianas (ocupación espontánea, improvisación sonora, flujos corporales imprevistos). En los festivales de música, esta tensión se hace visible: aunque los escenarios estén planificados, los asistentes generan usos no previstos, desplazamientos alternativos y formas de convivencia que reescriben el sentido del lugar. La apropiación musical, entonces, no se limita a ocupar físicamente un espacio: implica incorporarlo emocional y simbólicamente al repertorio cultural de los sujetos.

La resignificación musical se produce cuando un espacio urbano comienza a articularse con experiencias sonoras compartidas. Siguiendo a Lefebvre, el espacio vivido integra prácticas, representaciones y significados; por ello, cuando una multitud experimenta un festival, el parque o la plaza adquiere una nueva capa semántica que se adhiere a la

memoria colectiva. Desde los aportes de Elizabeth Tolbert, estas resignificaciones permiten que ciertos lugares se conviertan en “paisajes identitarios”, donde la música actúa como un mediador emocional que fija recuerdos, historias y sentidos de pertenencia. Así, lugares como el Parque Metropolitano Simón Bolívar en Bogotá pasan de ser simples áreas verdes a convertirse en símbolos urbanos, asociados a festivales icónicos que configuran imaginarios colectivos.

Por su parte, Alicia Lindón enfatiza que las trayectorias personales, los afectos y las prácticas cotidianas moldean la forma en que los sujetos resignifican los lugares. Los festivales, al reunir miles de historias individuales en un mismo territorio, generan “experiencias compartidas” que refuerzan identidades urbanas y consolidan memorias afectivas. Desde esta mirada, la identidad urbana contemporánea se construye también a través de la experiencia sonora colectiva.

Los marcos socio-semióticos permiten comprender estos procesos como redes de signos superpuestos:

- signos sonoros (ritmos, géneros, intensidades),
- signos visuales (luces, escenografías, pantallas),
- signos corporales (formas de bailar, de ocupar, de habitar el espacio),
- signos narrativos (discursos, relatos, recuerdos).

Todos ellos interactúan para producir una codificación simbólica del lugar, inscribiendo la música en la memoria urbana y constituyendo territorios cargados de identidad.

En consecuencia, los procesos de apropiación cultural y resignificación musical construyen memoria colectiva al fijar eventos y significados en los espacios, e instauran

identidad urbana al otorgar a la ciudad símbolos afectivos y culturales compartidos. La música, más allá de lo estético, funciona como un lenguaje social capaz de producir territorios significativos, anclar memorias y fortalecer sentidos de pertenencia. Comprender estos procesos permite visibilizar cómo la cultura sonora transforma las ciudades, configurando geografías emocionales que revelan la manera en que los sujetos imaginan, sienten y habitan su entorno urbano.

Construcción y transmisión de las formas de apropiación territorial a través de prácticas musicales que se llevan a cabo en el espacio público

Desde la óptica de la sociología, las formas de apropiación territorial a través de la práctica musical en el espacio público se manifiestan como un sistema de relaciones sociales, de formas culturales y de movimientos simbólicos donde se articula la interacción de los individuos con el entorno urbano. La música, entendida no solo como un fenómeno estético sino como una vivencia colectiva profundamente enraizada en lo social, transforma espacios en territorios cargados de sentido. Lefebvre plantea que el espacio no es un recipiente neutro, sino una construcción social producida mediante prácticas materiales, representaciones simbólicas y experiencias sensibles. En este marco, los actos musicales públicos como conciertos, festivales, performances o intervenciones espontáneas constituyen formas activas de producción del espacio que imprimen huellas afectivas y simbólicas sobre el territorio.

La apropiación territorial a través de la música no se reduce a una ocupación física del lugar, sino que se construye mediante una secuencia de prácticas reiteradas que generan identidad, emoción y significados compartidos. Cuando un colectivo artístico interviene sonoramente una plaza, por ejemplo, no solo transforma su función espacial momentánea,

sino que introduce nuevas narrativas que resignifican ese sitio como punto de encuentro, lugar de resistencia o espacio de afirmación cultural.

Además, la transmisión simbólica de estas experiencias ocurre por múltiples medios: la oralidad barrial, los relatos familiares, las grabaciones audiovisuales y la circulación digital en redes sociales expanden el sentido atribuido a estos territorios. Lindón propone el concepto de geografía de la experiencia para referirse a esta dimensión subjetiva, sensorial y afectiva del habitar urbano, donde el espacio se vuelve significativo por lo que se vive y se siente en él.

Así, las apropiaciones musicales del espacio son prácticas generadoras de ciudad, en tanto permiten a grupos sociales —frecuentemente excluidos de los circuitos formales de participación urbana— hacerse visibles, expresar sus identidades y reivindicar derechos. La música activa una relación política con el territorio al convertirlo en un escenario de reconocimiento, demanda y creatividad colectiva. En ese proceso, los espacios devienen territorios simbólicos que condensan luchas sociales, memorias subterráneas y formas alternativas de ciudadanía.

En resumen, los métodos de apropiación espacial que se cultivan y transmiten a través de la música en el espacio público muestran la naturaleza simbólica, política y emocional del territorio urbano. Más que lugares delimitados físicamente, los espacios apropiados musicalmente se convierten en expresiones vivas de la ciudad sentida, narrada y disputada por quienes la habitan.

Esta dimensión simbólica y afectiva de la apropiación espacial adquiere una expresión particular cuando se entrecruza con las prácticas de consumo de sustancias psicoactivas en contextos festivos. Tal como lo evidencian los hallazgos del grupo focal, los participantes 3 y 4 señalan que el consumo —tanto de sustancias legales como ilegales—

tiene una presencia significativa en los distintos espacios del festival, desde las zonas de la pista hasta los baños o las áreas exteriores, convirtiéndose así en un componente casi ineludible de la experiencia festiva. Este hecho no solo incide en las formas en que los y las asistentes se desplazan e interactúan con el entorno, sino que también moldea el significado simbólico del espacio, pues el consumo se integra a las sensaciones, los estados de ánimo y los códigos culturales que configuran el imaginario colectivo del festival. En este sentido, la percepción del consumo como parte constitutiva de “lo que significa ir a un festival” refuerza la carga simbólica y emocional que caracteriza la apropiación del espacio en estos escenarios culturales.

A continuación, se presentan algunos fragmentos del grupo focal que ilustran esta relación entre consumo, experiencia sensorial y resignificación del espacio festivo.

“Creo que es más que todo desde que llegue a la mayoría de edad, Pues siempre el disfrute de los festivales ha estado atado a diferentes sustancias. Entonces, para mí es algo completamente clave, ¿no? O sea, como poder usarlas y, sobre todo, como poder hacerlo de manera segura.” (ANEXO 8)

“Para mí también están inmersas en el contexto, más porque son contexto de recreación siempre no.

¿Entonces?

¿Pues no solamente van a estar las sustancias psicoactivas ilegales, sino mucho más las legales van a estar muy presentes en el cigarrillo la nicotina y el alcohol en cualquier tipo, pues de evento festival...”(ANEXO 9).

En estos escenarios, la percepción del espacio se transforma a partir de experiencias sensoriales intensificadas, vínculos emocionales ampliados y memorias colectivas resignificadas. El siguiente capítulo abordará precisamente cómo el consumo de estas sustancias en eventos musicales modifica la forma en que los sujetos experimentan, recuerdan y resignifican los espacios urbanos, complejizando aún más la relación entre cuerpo, territorio, percepción y cultura.

La forma en que los millennials que consumen SPA, en el marco de los festivales musicales, se apropian de los espacios es, en primer lugar, el resultado de decisiones deliberadas sobre la ubicación en el festival que hacen para mejorar su propia experiencia. Buscan, por ejemplo, zonas menos congestionadas, con mejor ventilación o acústica (o simplemente que transmitan seguridad y confort). La infraestructura y los servicios básicos (tales como baños, seguridad, emergencia...) son los aspectos esenciales que permiten tener una interacción más completa con el entorno.

La experiencia sensorial, las condiciones climáticas y la organización logística juegan un papel significativo. Un espacio seguro, con áreas techadas o al aire libre que regulen la temperatura, favorece el desplazamiento y la interacción; y la ausencia de tales elementos o la percepción de inseguridad pueden dificultar la apropiación. La adaptación de las infraestructuras, como en Corferias o el Jardín Botánico, muestra cómo han sido remodeladas para hacer frente a las especificidades que exigen los festivales, pero también cómo la apropiación intensiva puede generar fricciones (deterioro ambiental).

Las ideas preconcebidas y las imágenes mentales también influyen en la apropiación diferenciada del festival por parte de los asistentes; en tal sentido, algunas personas logran desmitificar estereotipos negativos luego de haber ido al festival, mientras que, dada la diversidad de experiencias, es difícil que se construya un imaginario común para todos los

asistentes. También destaca cómo factores como la accesibilidad, el grado de familiaridad con el lugar, la calidad logística de la organización o la disposición del personal y de otros asistentes potencian la sensación de pertenencia y la resignificación positiva del espacio.

CARACTERIZACIÓN DE LOS ESPACIOS DONDE SE REALIZAN LOS FESTIVALES DE MÚSICA SEGÚN EL CONSUMO DE SUSTANCIAS PSICOACTIVAS.

La pregunta que orienta este análisis se formula en los siguientes términos: ¿Qué ocurre al interior de los espacios donde se desarrollan los festivales de música en Bogotá en los cuales podría haber consumo de sustancias psicoactivas por parte de la generación de los millennials consumidores de SPA asistentes a festivales musicales? Esta pregunta permite desplazar la mirada más allá de los imaginarios sociales asociados a estos eventos, para indagar por los mecanismos concretos mediante los cuales se producen procesos de apropiación del espacio, construcción de significados propios, configuración de identidades colectivas y transmisión de estos constructos simbólicos en el marco de la experiencia festiva.

La caracterización de los espacios donde se desarrollan los festivales de música en Bogotá, en los cuales puede presentarse consumo de sustancias psicoactivas por parte de los millennials consumidores de SPA asistentes a festivales musicales, permitió comprender que estos escenarios no son simples lugares de ocio o entretenimiento. Se trata de territorios simbólicos en los que confluyen procesos de producción cultural, apropiación emocional, regulación social y construcción identitaria. Los hallazgos revelan que la relación entre música, espacio y consumo configura una forma particular de experiencia urbana que transforma los significados del espacio público y reconfigura los imaginarios sociales en torno al disfrute, la libertad, el cuerpo y la pertenencia generacional.

Desde esta perspectiva, la apropiación del espacio no se expresa únicamente en el plano de los imaginarios, sino que se materializa a través de prácticas corporales, disposiciones espaciales, objetos, rituales y formas de interacción social. El uso del cuerpo como soporte de la experiencia, la circulación por zonas específicas del festival, la elección

de vestimentas, el consumo compartido de sustancias, la construcción de micro-territorios de confianza entre pares y el uso simbólico de artefactos como pulseras, bebidas, sustancias o dispositivos tecnológicos funcionan como materialidades que anclan los significados y permiten la transmisión de códigos culturales propios del espacio festivo. Estas prácticas no solo producen apropiación, sino que configuran modos específicos de habitar la ciudad de manera temporal y situada.

Desde la óptica de la geografía de los imaginarios y de la teoría de la producción del espacio, los festivales musicales pueden ser entendidos como espacios socialmente producidos, atravesados por prácticas, afectos y hábitos que los sujetos ponen en acción para dotar de sentido su presencia en la ciudad. En este marco, el consumo de sustancias psicoactivas, tanto legales como ilegales, no aparece como una práctica aislada ni exclusivamente asociada a la patología, sino como una práctica cultural cargada de significados simbólicos que forma parte de la experiencia territorial festiva. Los testimonios recogidos dan cuenta de que, para muchos asistentes, el consumo opera como un mecanismo de intensificación sensorial y emocional que amplifica la percepción del espacio, fortalece los vínculos sociales y resignifica el espacio urbano como territorio de libertad, autenticidad y comunión generacional.

Sin embargo, estos procesos de apropiación no se producen de manera homogénea. Los datos evidencian una marcada hegemonía masculina en la asistencia y permanencia en los festivales, lo que pone de manifiesto que el acceso, la continuidad y el disfrute de estos espacios están atravesados por desigualdades de género y clase. Mientras los hombres tienden a apropiarse del espacio festivo desde imaginarios de libertad, dominio y expansión corporal, las mujeres lo hacen desde prácticas de autocuidado, vigilancia y autocontrol, mediadas por representaciones sociales que las sitúan en posiciones de mayor vulnerabilidad. Esto permite

inferir que los imaginarios espaciales no solo remiten a la experiencia perceptiva, sino que reproducen estructuras simbólicas de poder que legitiman ciertos cuerpos como cuerpos públicos y restringen otros.

Asimismo, la concentración territorial de los participantes en localidades específicas de la ciudad y la alta proporción de asistentes con formación universitaria o de posgrado muestran que la apropiación del espacio festivo está mediada por lógicas de clase y capital cultural. Los festivales se configuran, así como espacios de distinción simbólica en los que se reproduce el gusto, se legitiman prácticas culturales específicas y se reafirma la pertenencia a determinados sectores sociales. La experiencia del espacio festivo resulta coherente tanto con la capacidad económica de acceso como con la posesión de disposiciones culturales que permiten que el consumo musical y el consumo de sustancias sean interpretados como prácticas estéticas y no como desviaciones sociales.

El análisis de la percepción espacial en contextos de consumo de sustancias psicoactivas muestra también que el cuerpo funciona como mediador entre lo individual y lo colectivo. La alteración de la percepción sensorial reorganiza las relaciones entre los sujetos, la música y el entorno, dando lugar a experiencias de comunión corporal y emocional que refuerzan el sentimiento de pertenencia grupal. No obstante, estas prácticas se encuentran permanentemente reguladas por dispositivos institucionales, discursos morales y políticas públicas que asocian el consumo con el riesgo o la desviación, reproduciendo procesos de estigmatización sobre ciertos sectores juveniles.

Desde un enfoque sociológico, los festivales de música en Bogotá pueden ser comprendidos como laboratorios de la vida urbana contemporánea, en los que se pone en tensión la relación entre cultura, política, memoria y derecho a la ciudad. En estos espacios se ensayan formas alternativas de habitar lo urbano, al tiempo que se desafían las normas

establecidas sobre el uso legítimo del espacio público. La experiencia festiva, en este sentido, se constituye como una práctica de resistencia simbólica frente a la racionalidad urbana dominante que regula los cuerpos, las emociones y las conductas.

En definitiva, los resultados permiten afirmar que la forma en que los millennials consumidores de SPA asistentes a festivales musicales perciben y se apropian de estos espacios se configura a partir de la intersección entre cuerpo, música y sustancia. Los festivales se consolidan como espacios de resignificación simbólica en los que confluyen imaginarios de libertad, pertenencia y comunión colectiva, pero también como escenarios de confrontación donde emergen exclusiones, jerarquías y límites al derecho de habitar la ciudad. El consumo adquiere así una alta densidad semántica, funcionando como un marcador cultural que estructura la experiencia del territorio festivo.

Finalmente, este estudio trasciende la descripción de prácticas o comportamientos específicos y se posiciona como una lectura crítica de los espacios urbanos entendidos como construcciones sociales. En ellos, tanto las formas de percibir y actuar como las maneras de sentir, recordar y transmitir significados resultan centrales. Comprender cómo los millennials consumidores de SPA viven, sienten y resignifican los festivales musicales abre un campo de reflexión relevante para el debate sobre políticas culturales, gestión del espacio público y reconocimiento del valor simbólico que estos escenarios tienen en la configuración contemporánea de la ciudad.

Conclusiones

La presente investigación permitió comprender los festivales de música en Bogotá como escenarios privilegiados para analizar la relación entre espacio, cultura y experiencia sensorial en la generación millennial que ha tenido experiencia en los festivales musicales mencionados. Al caracterizar los espacios donde se desarrollan estos eventos, se evidenció que los festivales no son simples lugares de ocio o entretenimiento, sino territorios simbólicos donde confluyen prácticas culturales, emociones colectivas, formas de consumo y disputas por el sentido del espacio urbano. Estos hallazgos responden al objetivo general, mostrando que la experiencia espacial en los festivales está mediada por imaginarios, afectos, memorias y relaciones de poder que transforman la manera en que los sujetos habitan y resignifican la ciudad.

Uno de los aportes centrales consiste en reafirmar que el espacio urbano no puede ser comprendido como un escenario estático o neutro, sino como una construcción social, simbólica y afectiva. Siguiendo a autores como Lefebvre y Lindón, se evidenció que los lugares se producen a partir de las prácticas y los significados que los sujetos les atribuyen. En los festivales, la música se convierte en un mediador sensorial y simbólico que reconfigura el entorno urbano, generando territorios de encuentro, libertad y expresión colectiva. Para la generación millennial, asistir a un festival no solo implica un acto de consumo cultural, sino una forma de afirmación identitaria que vincula el cuerpo, la emoción y la memoria con la ciudad.

El análisis demostró además que esta apropiación del espacio no ocurre de manera homogénea. Los datos evidenciaron una marcada predominancia masculina en la asistencia a festivales, lo que revela que el acceso y la participación siguen atravesados por

desigualdades de género. Mientras los hombres tienden a ocupar el espacio desde imaginarios de dominio, visibilidad y libertad, las mujeres lo hacen desde estrategias de autocuidado y contención simbólica, condicionadas por normas sociales y percepciones de riesgo. Así, el espacio festivo se configura como un campo de disputa simbólica donde se reproducen, pero también se cuestionan, las estructuras tradicionales de poder y los roles de género.

Por otra parte, la concentración de asistentes en localidades como Chapinero, Teusaquillo y Usaquén, así como la alta proporción de personas con formación universitaria o de posgrado, permite inferir que la apropiación de los espacios festivos está mediada por lógicas de clase y capital cultural. En términos de Bourdieu, los festivales funcionan como escenarios de distinción simbólica, donde se reproduce el gusto y se legitiman prácticas culturales específicas. Sin embargo, esta homogeneidad social también delimita quiénes pueden acceder a estos espacios, dejando entrever una segmentación que condiciona la diversidad del público y, en consecuencia, las formas de experimentar la ciudad y sus manifestaciones culturales.

El análisis del consumo de sustancias psicoactivas en los festivales permitió ampliar la comprensión del fenómeno desde una perspectiva sociocultural. El consumo, más allá de su dimensión biológica o clínica, se revela como una práctica social cargada de simbolismo, expectativas y significados colectivos. Los hallazgos muestran que, en muchos casos, las sustancias se integran a la vivencia musical como mecanismos de expansión perceptiva, intensificación sensorial y conexión emocional con los otros. Sin embargo, estas prácticas siguen siendo objeto de control institucional y moral, ya que los discursos sociales y las políticas públicas continúan asociándolas con el riesgo o la desviación, lo que contribuye a la estigmatización de ciertos sectores juveniles o populares. En este sentido, los festivales musicales evidencian la tensión entre el deseo de libertad simbólica y las estrategias de

regulación que buscan disciplinar los cuerpos y homogenizar las formas de disfrute en el espacio urbano.

Desde la perspectiva de la construcción social del espacio, línea de investigación en la que se inscribe esta tesis, los resultados ofrecen aportes teóricos y metodológicos relevantes. En primer lugar, visibilizan el papel de los afectos y las emociones como dimensiones constitutivas del espacio urbano, pues muestran que los lugares no solo se habitan racionalmente, sino también desde la experiencia corporal y sensorial. En segundo lugar, amplían la comprensión del espacio como un territorio simbólico y performativo, donde las prácticas culturales la música, el baile, el consumo o la celebración operan como formas de apropiación y producción de sentido. En tercer lugar, aportan una lectura crítica sobre las tensiones entre control social y libertad simbólica, mostrando cómo los jóvenes negocian y resignifican las normas que regulan el uso del espacio público, proponiendo modos alternativos de convivencia, placer y expresión.

En este contexto, los festivales musicales pueden entenderse como verdaderos laboratorios sociales de la vida urbana contemporánea, donde se entrecruzan la cultura, la memoria, la política y el derecho a la ciudad. La generación millennial resignifica el espacio público a través del cuerpo y la emoción, transformando temporalmente el orden urbano y generando nuevos modos de apropiación simbólica. Estas prácticas, lejos de ser marginales, son expresiones legítimas de ciudadanía cultural que cuestionan los límites normativos del habitar urbano y reivindican el valor de la experiencia estética, colectiva y sensorial como forma de participación social.

A partir de estos resultados, se proponen algunas recomendaciones para futuras investigaciones. En primer lugar, es necesario profundizar en los enfoques interseccionales que integren variables de género, clase, edad y orientación sexual, para comprender con

mayor precisión cómo se configuran las diferencias en las experiencias espaciales. En segundo lugar, se sugiere ampliar el trabajo empírico hacia otros tipos de festivales y contextos geográficos, incluyendo ciudades intermedias o territorios periféricos, con el fin de comparar las dinámicas de apropiación y consumo. En tercer lugar, se recomienda incorporar metodologías visuales y etnográficas, como la cartografía emocional o la observación participante, que permitan captar los significados afectivos y simbólicos desde las prácticas corporales y los relatos subjetivos. Finalmente, se plantea fortalecer la articulación entre la investigación académica y la gestión cultural, de modo que los resultados puedan orientar políticas públicas más inclusivas, sensibles y participativas frente a las prácticas culturales urbanas.

En síntesis, la investigación demuestra que los festivales musicales en Bogotá constituyen territorios simbólicos donde se cruzan cuerpo, emoción, memoria y poder. En ellos, los millennials amplían los límites de la experiencia urbana, resignifican el espacio público y ponen de manifiesto las tensiones entre regulación y libertad, orden y disfrute, control y creatividad. Comprender estas dinámicas no solo enriquece la línea de investigación sobre la construcción social del espacio, sino que aporta a una reflexión más amplia sobre cómo las prácticas culturales contemporáneas transforman la ciudad y abren nuevas posibilidades para pensar el derecho al placer, al encuentro y a la diferencia como parte fundamental del habitar urbano.

Recomendaciones

A partir de los hallazgos y reflexiones desarrollados en esta investigación, se proponen las siguientes recomendaciones orientadas tanto al campo académico como a la formulación de políticas culturales y a la gestión del espacio público urbano.

En primer lugar, se recomienda profundizar en enfoques interseccionales que permitan analizar de manera más compleja las experiencias espaciales en contextos festivos. Si bien esta investigación evidenció la incidencia del género y la clase social en la apropiación de los festivales musicales, futuros estudios podrían integrar de forma sistemática variables como la edad, la orientación sexual, la pertenencia étnica y las trayectorias territoriales, con el fin de comprender cómo se superponen y articulan distintas formas de desigualdad en la vivencia del espacio urbano.

En segundo lugar, resulta pertinente ampliar el alcance empírico hacia otros tipos de festivales y manifestaciones culturales, así como hacia distintos contextos geográficos. Incluir festivales de menor escala, eventos comunitarios o expresiones culturales alternativas, así como realizar estudios comparativos en ciudades intermedias o zonas periféricas, permitiría contrastar las dinámicas de apropiación, consumo y construcción simbólica del espacio, enriqueciendo la comprensión de la diversidad de experiencias urbanas más allá de los circuitos culturales hegemónicos.

En tercer lugar, se recomienda fortalecer el uso de metodologías cualitativas y sensoriales que permitan captar con mayor profundidad las dimensiones afectivas, corporales y emocionales de la experiencia festiva. La incorporación de herramientas como la etnografía urbana, la observación participante, la cartografía emocional, los relatos autobiográficos y las metodologías visuales puede aportar elementos clave para comprender cómo los sujetos

sienten, recuerdan y significan el espacio desde sus prácticas cotidianas, especialmente en contextos de consumo cultural y corporalidad intensificada.

En cuarto lugar, se sugiere abordar el consumo de sustancias psicoactivas desde enfoques no patologizantes, que reconozcan su dimensión sociocultural y simbólica sin desconocer los riesgos asociados. En este sentido, futuras investigaciones y políticas públicas podrían orientarse hacia modelos de reducción de riesgos y daños, así como hacia estrategias de cuidado colectivo en contextos festivos, que dialoguen con las prácticas y saberes de los propios asistentes, evitando discursos estigmatizantes y punitivos que refuercen procesos de exclusión social.

En quinto lugar, se recomienda fortalecer la articulación entre la investigación académica, la gestión cultural y la formulación de políticas públicas urbanas. Los resultados de este estudio pueden servir como insumo para diseñar políticas culturales más inclusivas, sensibles a las experiencias juveniles y orientadas a garantizar el derecho a la ciudad, al disfrute y a la expresión cultural. Esto implica reconocer los festivales musicales no solo como eventos de entretenimiento, sino como espacios legítimos de participación social, construcción identitaria y producción de sentido colectivo.

Finalmente, se sugiere promover instancias de diálogo entre organizadores de festivales, instituciones públicas, comunidades locales y asistentes, con el fin de construir modelos de gestión del espacio festivo que contemplen la diversidad de experiencias, reduzcan las desigualdades de acceso y favorezcan prácticas de convivencia respetuosas. Integrar las voces de los sujetos que habitan y resignifican estos espacios resulta fundamental para avanzar hacia una ciudad más democrática, plural y sensible a las prácticas culturales contemporáneas.

Obstáculos

El desarrollo de la presente investigación enfrentó diversos obstáculos de orden metodológico, empírico y contextual que incidieron en el alcance del estudio y en las decisiones analíticas adoptadas a lo largo del proceso investigativo.

Uno de los principales obstáculos estuvo relacionado con el acceso al campo de estudio. Los festivales de música, por su carácter temporal, masivo y altamente dinámico, dificultan la aplicación de técnicas de investigación prolongadas y sistemáticas. La movilidad constante de los asistentes, la intensidad sensorial del entorno y las restricciones logísticas propias de estos eventos limitaron la posibilidad de realizar observaciones continuas y de profundizar en interacciones prolongadas con los participantes.

Un segundo obstáculo estuvo asociado a la reticencia de algunos participantes a hablar abiertamente sobre el consumo de sustancias psicoactivas. A pesar de que el enfoque de la investigación fue sociocultural y no moralizante, el consumo sigue siendo un tema atravesado por estigmas sociales, temores legales y juicios morales. Esto influyó en la disposición de algunos asistentes a compartir sus experiencias de manera explícita, lo que pudo restringir la diversidad y profundidad de ciertos relatos.

Asimismo, se presentaron limitaciones vinculadas a la representatividad de la muestra. La concentración de participantes en determinadas localidades de la ciudad y la alta proporción de personas con formación universitaria o de posgrado evidencian que los resultados reflejan principalmente las experiencias de un sector social específico. Esto implicó una dificultad para acceder a públicos más diversos en términos de clase social, trayectorias educativas o procedencias territoriales, lo cual restringe la posibilidad de generalizar los hallazgos a la totalidad de la población millennial bogotana.

Otro obstáculo relevante se relaciona con las desigualdades de género presentes en el campo. La menor participación de mujeres en los espacios festivos y en las instancias de diálogo investigativo limitó la posibilidad de profundizar en experiencias femeninas y disidentes con el mismo nivel de detalle que en las experiencias masculinas. Esta asimetría no solo refleja una limitación metodológica, sino que constituye en sí misma un hallazgo que evidencia las barreras simbólicas y materiales que condicionan la apropiación del espacio festivo.

Desde el punto de vista metodológico, la investigación enfrentó dificultades para captar de manera integral las dimensiones sensoriales y afectivas de la experiencia festiva. Aunque se recurrió a técnicas cualitativas, el carácter efímero e intensivo de las emociones, percepciones corporales y estados alterados de conciencia asociados a la música y al consumo de sustancias plantea desafíos para su registro, sistematización y análisis sin reducir su complejidad.

Finalmente, se identificaron obstáculos relacionados con el contexto normativo e institucional. Las regulaciones sobre el uso del espacio público, la vigilancia policial y los discursos de control asociados a los festivales influyeron tanto en el desarrollo del trabajo de campo como en las prácticas observadas. Estas condiciones generaron escenarios de autocontrol y cuidado discursivo por parte de los participantes, lo que pudo incidir en la forma en que narraron sus experiencias y en los límites de lo observable.

Bibliografía

- Ariza, D. (2012). *Prácticas sociales y ciudadanía en espacios públicos de Bogotá: Caso Zona El Tintal*. Universidad Pedagógica Nacional.
- Bourdieu, P. (1979). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus.
- Cotacio Chilito, A. E. (2014). *El Theatrón y La Playa, territorios musicales: Un estudio desde la Nueva Geografía Cultural en el sector de Chapinero Central UPZ 99, Bogotá D.C.* Universidad Pedagógica Nacional.
- Debarbieux, B. (1995). Le lieu, le territoire et trois formes de l'imaginaire géographique. *L'Espace Géographique*, 24(2), 97–112. <https://doi.org/10.3406/spgeo.1995.3427>
- Fagotti, E. (2014). *Apropiarse de la ciudad: Relaciones entre espacio social y subjetividad*. Universidad de Buenos Aires.
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores.
- Fubini, E. (2001). *La estética musical desde la Antigüedad hasta el siglo XX*. Alianza Editorial.
- Fonseca Rodríguez, J. M. (2014). *La importancia y la apropiación de los espacios públicos en las ciudades*. Universidad Nacional de Colombia.
- Harvey, D. (1973). *Social justice and the city*. Johns Hopkins University Press.
- Harvey, D. (1990). *The condition of postmodernity: An enquiry into the origins of cultural change*. Blackwell.
- Hayden, D. (1995). *The power of place: Urban landscapes as public history*. MIT Press.
- Howe, N., & Strauss, W. (2000). *Millennials rising: The next great generation*. Vintage Books.
- Kuri Pineda, E. (2017). La construcción social de la memoria en el espacio: Una aproximación sociológica. *Revista Sociológica (México)*, 32(90), 81–107.
- Lefebvre, H. (1991). *La producción del espacio* (Trad. castellana). Capitán Swing. (Obra original publicada en 1974).

- Lengua Otavo, L. E. (2019). *Imaginarios urbanos en la construcción dialéctica del espacio: El caso de la Ciudadela El Recreo*. Universidad Pedagógica Nacional.
- Lindón, A. (2006). *La geografía de los lugares y la vida cotidiana*. Anthropos.
- Martí, J. (2000). *Las culturas musicales: Lecturas de etnomusicología*. Editorial UOC.
- Moscovici, S. (1984). The phenomenon of social representations. In R. Farr & S. Moscovici (Eds.), *Social representations* (pp. 3–69). Cambridge University Press.
- Novoa Peñaloza, J. M. (2018). *El lugar en la palabra, la palabra en la experiencia, la experiencia en el espacio: Sentidos y significados de lugar en miembros de un club social campestre a las afueras de Bogotá*. Universidad Pedagógica Nacional.
- Sepúlveda Llanos, F. (2005). Fiesta y vida. *Revista Chilena de Antropología Cultural*, 17(3), 45–58.
- Soja, E. W. (1996). *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and other real-and-imagined places*. Blackwell.
- Tolbert, E., & Cross, I. (2009). *Music and meaning: Cross-cultural perspectives*. Oxford University Press.

Anexos

ANEXO 1: FRAGMENTO DE ENTREVISTA CON PARTICIPANTE 1,
PREGUNTA 2: ¿Qué significados asocias con los lugares donde asistes a festivales de música? ¿Qué representa para ti el hecho de que un festival se realice en un espacio público o privado?

JULIANA ANDREA ANGARITA NINO 6:58

Bueno continuando ahora.

Con respecto a los significados Eh, me gustaría que me dijeras qué significados asociados con los lugares donde asistes a los festivales de música, teniendo en cuenta, por ejemplo, qué representa para ti el hecho de que un festival se realice en un espacio público o privado y cómo se diferencian estos espacios de otros lugares que frecuentas en la vida cotidiana.

PARTICIPANTE 1 7:41

No he tenido mucha experiencia en participar en festivales de carácter público porque tengo una creencia que al ser público puede generar mayor congestión de en el ingreso y en la permanencia, entonces, Eh?

Eso me limita, como me debilita la atención de poder participar en ellos. Sin embargo, tuve la oportunidad de participar, por ejemplo, en un concierto YYY. La experiencia, aunque no es igual de intensa, no es igual de segura como la percibe pronto en una actividad de carácter privado.

ANEXO 2: FRAGMENTO DE ENTREVISTA CON PARTICIPANTE 2,
PREGUNTA 4: ¿Cómo crees que la cultura musical y los festivales influyen en la apropiación de los espacios públicos en Bogotá?

0:13:49.560 --> 0:13:51.230

JULIANA ANDREA ANGARITA NINO

OK, bueno, ahora.

¿Quisiera que me dijeras, ¿cómo crees que la cultura musical y los festivales influyen en la apropiación de los espacios públicos en Bogotá?

Quiero saber si tú sientes que estos festivales transforman el significado o la función de los espacios y cómo percibes la relación entre los asistentes y los espacios más allá del evento.

0:14:19.670 --> 0:14:26.480

PARTICIPANTE 2

Y bueno, esa pregunta me parece muy pertinente, o sea, para el momento en que estamos viviendo ahora, sobre todo con este evento que está haciendo el distrito, que es Monumentum, que ya es un festival que lleva 3 de ediciones, es de tecno.

O pues de música electrónica, Eh

Al aire libre de manera gratuita en espacios públicos, Eh

Y siento que es muy efectivo, ya que lo que busca precisamente es resignificar espacios públicos que no se habían pensado de ninguna forma, o sea en el pasado, EH, Para este tipo de festivales o de eventos, EH, Si bien digamos en la Plaza Bolívar, que fue la última edición, ya han habido conciertos, nunca había habido un festival de esta magnitud, pues como y de este tipo de música, lo mismo pasó el año pasado en la plazoleta de la Tadeo y la primera edición, y que incluso me pareció un poco más transgresora en ese sentido de cambiar la percepción del espacio público que fue en el barrio, en el Bronx, Eh Siento que la música y crear esta estos espacios de festivales de música en estos sitios de espacios públicos si le da un significado diferente al espacio porque te permite ver el espacio con otra perspectiva, los espacios tienen unos usos Urbanos es un poco definidos en culturalmente y pues arquitectónicamente también y resignificarlos. Crea como otro tipo de

relación con los espacios de la ciudad, entonces, por ejemplo, para mí haber asistido al monumento del año pasado en la Plaza de la Alta Lata de video, yo, que soy una persona, una egresada de la Tadeo me cambió totalmente, o sea, o me creó una perspectiva totalmente nueva de este espacio que habitaba todos los días como estudiante, Que era un espacio simplemente, descanso esparcimiento de tránsito entre los edificios de la universidad y asistir a un evento masivo de una fiesta electrónica, un festival de música electrónica dentro de este espacio me permite, me permitió ver el espacio con otro, con otros ojos, disfrutarlo de otra manera, como sentirme un poco acogida por el espacio Y antes me acogía para otro tipo de momentos, como estudiante me este espacio en este momento me acogió como ciudadana y como Persona en la fiesta, o sea, y me acogió de una manera, Segura y me sentí como como que o sea, que sueño, estar de fiesta en la plazoleta de mi universidad y que esto me lo esté brindando, pues también el distrito o sea, pues que sea una experiencia gratis y que está en LUZ, dignificando, pues mucha gente yo creo que pudo haber ido a esa fiesta sin haber disfrutado Pues he vivido la plazoleta de la Tadeo como estudiantes, sino que él nunca había ido y conocen.

El es el espacio de la universidad que en es un espacio público De esta manera, pues en la manera de la fiesta o el evento Igualmente siento que pasa lo mismo, pues con la Plaza Bolívar y incluso con el barrio del Bronx, que en este punto, pues es un barrio al que muchos ciudadanos no nos acercamos siquiera por temas de seguridad. Pero estigmas de del entorno de, pues problemas, Eh culturales Y sí de seguridad que tiene este barrio y que se haga una fiesta, de alguna manera, romper este tipo de paradigmas de del espacio arquitectónico de la ciudad me parece increíble.

ANEXO 3: FRAGMENTO DE ENTREVISTA CON PARTICIPANTE 2:

PREGUNTA 5: ¿De qué manera crees que la identidad generacional influye en la forma en que tú y tus contemporáneos interactúan con estos espacios musicales?

0:19:19.890 --> 0:19:21.660

JULIANA ANDREA ANGARITA NINO

Perfecto, bueno, y ahora
Pues ya como para finalizar me gustaría que me dijeras ¿de qué manera crees que la identidad generacional influye en la forma en que tu y yo nos o sea en que tú y yo interactuamos en estos espacios musicales, por ejemplo, nosotros, ¿qué somos millennials? Como le otorgamos el significado particular a estos lugares? ¿Y qué papel juegan estos imaginarios colectivos en la forma en la que nos apropiamos de los espacios?

0:19:55.800 --> 0:20:1.30

PARTICIPANTE 2

Bueno, siento que para nosotros los millennials.

Especialmente. Incluso para Una generación anterior a nosotros y nosotros es muy importante

La ciudad como identidad más que, por ejemplo, las generaciones siguientes que de alguna manera han sido generaciones un poco más Introspectivas en el hogar, pues O bueno, no en el hogar, sino en los sitios cerrados.

Más bien, EH, Siento que nuestra generación Y la generación anterior es una generación que creció habitando la calle Para desarrollar su identidad, pues como todas estas culturas urbanas y crecer tiene un sin mucha tecnología, Pues como videojuegos Y cosas que nos encerraron un poco, sino que fue un poco más un crecimiento y una un crecimiento social más de puertas para afuera en la ciudad, siento que para nosotros es muy importante el uso de los espacios públicos de la ciudad y que se puedan usar estos espacios públicos en la música, o sea, o con la música o en la música es super fundamental. Siento que, por ejemplo, la creación de Rock al Parque en Bogotá marcó Estas generaciones de una manera Fundamental incluso para la realización del resto de festivales al parque que

tiene la ciudad ha marcado esta generación en cuanto se crea identidad en estos espacios, crea lazos sociales, crea todo su entorno Como cultural Alrededor de la música Y hablo sobre todo de la de las de las tribus urbanas de la ciudad O sea, si eres rockero para ti Rock al Parque el sábado o el domingo es el día más esperado todo el año y de alguna manera le Tienes una conexión muy personal con el lugar donde se hace, que es el limón Bolívar, o sea, yo me siento supremamente conectada con este parque porque es el lugar que acoge el festival más importante para mí y ahora más El estéreo picnic, que que lo hacen en este lugar.

Me siento que si bien los millennials tienen una conexión muy grande con la música, los millennials de la ciudad tienen una conexión muy grande con la música en la ciudad, como por el desarrollo que fue Eh El desarrollo social que tuvimos de niños y adolescentes, que fue en su mayoría de puertas para afuera, o sea desarrollándonos totalmente con la ciudad.

A diferencia de generaciones, mucho más Recientes que han tenido ya como mucho, de su desarrollo A través de la tecnología a distancia y que de alguna manera se ha desarrollado un poco más en entornos interiores, pues en la casa de los amigos, en la Avenida, tu propia casa, a través de del computador o de redes sociales, incluso yo siento que muchas generaciones Recientes no saben lo que es salir a hacer amigos en la calle, como la generación de los millennials son incluso la generación anterior, eso.

ANEXO 4: FRAGMENTO DE ENTREVISTA CON PARTICIPANTE 3:

PEGUNTA 4: ¿Cómo crees que la cultura musical y los festivales influyen en la apropiación de los espacios públicos en Bogotá?

JULIANA ANDREA ANGARITA NINO 6:27

OK, bueno, ahora.

¿Por favor, dime cómo crees que la cultura musical y los festivales de música influyen en la apropiación de los espacios públicos en Bogotá?
¿Si sientes que los festivales transforman el significado o la función de los espacios y cómo percibes la relación entre los asistentes y el espacio, más allá del evento?

PARTICIPANTE 3 6:59

Mmm.

¿En cómo influye en el tema de los espacios públicos? Mmm. Pues yo siento que dependiendo del tipo de evento, el tipo de festival, si le puede dar como resignificar él espacio en el que está. Sí, de pronto Cambiar la percepción del lugar no sé, por ejemplo, Ahorita con lo que se está haciendo en Bogotá de los eventos del bronx de del distrito, ha sido interesante porque efectivamente han intervenido en lugares públicos que quizás nadie sí que alguien no lo tendría en cuenta para un evento, sí entonces, de acuerdo si es una buena organización de como lo realicen, siento que le puede dar otro enfoque,

ANEXO 5: FRAGMENTO DE ENTREVISTA CON PARTICIPANTE 6:

PEGUNTA 2: ¿Qué significados asocias con los lugares donde asistes a festivales de música? ¿Qué representa para ti el hecho de que un festival se realice en un espacio público o privado?

JULIANA ANDREA ANGARITA NIÑO

Ok, bueno, ahora, ¿qué significados asocias con los lugares donde asistes a festivales de música?, ¿qué representa para ti el hecho de que un festival se realice en un espacio público o privado?, ¿y tú cómo diferencias estos espacios de otros lugares que sueles frecuentar en la vida cotidiana? ¿Qué representa que sea en un espacio público o privado?, o sea, como las diferentes percepciones que tengo frente a que sea público o privado, esa es la pregunta un poco, y con respecto a otras actividades de la vida. Sí, claro, o sea, digamos, hay festivales que se realizan en lugares que son privados, como, por ejemplo, el Bajo, que se realiza en Corferias, o, por ejemplo, ahora el Estéreo Picnic que se está haciendo en el Simón Bolívar, que es un parque público.

PARTICIPANTE 6

Ok, ah, bueno, es un buen ejemplo, bueno, nos ha caído en cuenta, pues, para igual retroalimentar un poco la pregunta anterior, sí, había desconocido el tema de Corferias, que, bueno, Corferias es un buen, me parece que es un buen lugar, digamos, pues, creo que da para un festival mediano, el BAUM creo que viene siendo un festival mediano, o sea, pues no es tan gratuito como el Estéreo Picnic, digamos, es un buen lugar ahí también donde es central, donde, por ejemplo, ahí lo que había dicho, el tema de baños y acceso al agua está bien, que lo mencionó la pregunta pasada, sí, pues, nos ha caído en cuenta como, claro, pensé como en lugares abiertos, pero claro, pues, Corferias es un lugar cerrado, pero es lo suficientemente grande que se presta para festival, para un festival y, pues, al final está bien, ¿no? Y ya ahorita con respecto a lo que me preguntas, con respecto a lo que sea público y privado, pues, digamos que yo no siento, no siento mucha diferencia entre los dos lugares, salvo, pues, digamos que de pronto ahí a mí sí me puede cambiar un poco mi percepción en que, pues, me resulta más agradable un lugar que sea un espacio público porque, pues, siento que mi dinero, mi dinero al final termina en manos públicas, en el Estado, pues, en todos al

final, que en uno privado, ¿no? Que, en un privado, pues, resulta el evento en, en, pues, como de pronto los, los, en parte el alquiler del evento y eso termina en, en manos de, de, de privados. Pero al final, o sea, en ese aspecto, digamos, me siento más, más afín con el, con el lugar que sea público por, por esa razón, pero en últimas, al final, los eventos y la dinámica de los eventos, pues, no, no, no cambia mucho, no cambia mucho porque los eventos son privados, por lo general. Aunque, aunque, bueno, no sé, no sé si también ahí, ahí tenga que ver la pregunta también de eventos que, que puedan ser públicos como Rock al Parque, que esa sería, pues, o sea, también sería la distinción entre organizadores públicos y privados, que, que, pues, tiene, tiene diferentes implicaciones en esos eventos.

Tiene, tiene, digamos, hay que ver también con el tema de los organizadores, por eso lo estamos hablando del espacio como tal.

ANEXO 6: FRAGMENTO DE ENTREVISTA CON PARTICIPANTE 2:

PEGUNTA 4: ¿Cómo crees que la cultura musical y los festivales influyen en la apropiación de los espacios públicos en Bogotá?

0:13:49.560 --> 0:13:51.230

JULIANA ANDREA ANGARITA NINO

OK, bueno, ahora.

Quisiera que me dijeras, ¿cómo crees que la cultura musical y los festivales influyen en la apropiación de los espacios públicos en Bogotá?

Quiero saber si tú sientes que estos festivales transforman el significado o la función de los espacios y cómo percibes la relación entre los asistentes y los espacios más allá del evento.

0:14:19.670 --> 0:14:26.480

PARTICIPANTE 2

Y bueno, esa pregunta me parece muy pertinente, o sea, para el momento en que estamos viviendo ahora, sobre todo con este evento que está haciendo el distrito, que es Monumentum, que ya es un festival que lleva 3 de ediciones, es de tecno. O pues de música electrónica, Eh

Al aire libre de manera gratuita en espacios públicos, Eh Y siento que es muy efectivo, ya que lo que busca precisamente es resignificar espacios públicos que no se habían pensado de ninguna forma, o sea en el pasado, EH, Para este tipo de festivales o de eventos, EH, Si bien digamos en la Plaza Bolívar, que fue la última edición, ya han habido conciertos, nunca había habido un festival de esta magnitud, pues como y de este tipo de música, lo mismo pasó el año pasado en la plazoleta de la Tadeo y la primera edición, y que incluso me pareció un poco más transgresora en ese sentido de cambiar la percepción del espacio público que fue en el barrio, en el Bronx, Eh Siento que la música y crear esta estos espacios de festivales de música en estos sitios de de espacios públicos si le da un significado diferente al espacio porque te permite ver el espacio con otra perspectiva, los espacios tienen unos usos Urbanos es un poco definidos en culturalmente y pues arquitectónicamente también y resignificarlos. Crea como otro tipo de

relación con los espacios de la ciudad, entonces, por ejemplo, para mí haber asistido al monumento del año pasado en la Plaza de la Alta Lata de video, yo, que soy una persona, una egresada de la Tadeo me cambió totalmente, o sea, o me creó una perspectiva totalmente nueva de este espacio que habitaba todos los días como estudiante, Que era un espacio simplemente, descanso esparcimiento de tránsito entre los edificios de la universidad y asistir a un evento masivo de una fiesta electrónica, un festival de música electrónica dentro de este espacio me permite, me permitió ver el espacio con otro, con otros ojos, disfrutarlo de otra manera, como sentirme un poco acogida por el espacio Y antes me acogía para otro tipo de momentos, como estudiante me este espacio en este momento me acogió como ciudadana y como Persona en la fiesta, o sea, y me acogió de una manera, Segura y me sentí como como que o sea, que sueño, estar de fiesta en la plazoleta de mi universidad y que esto me lo esté brindando, pues también el distrito o sea, pues que sea una experiencia gratis y que está en LUZ, dignificando, pues mucha gente yo creo que pudo haber ido a esa fiesta sin haber disfrutado Pues he vivido la plazoleta de la Tadeo como estudiantes, sino que él nunca había ido y conocen.

El es el espacio de la universidad que en es un espacio público De esta manera, pues en la manera de la fiesta o el evento Igualmente siento que pasa lo mismo, pues con la Plaza Bolívar e incluso con el barrio del Bronx, que en este punto, pues es un barrio al que muchos ciudadanos no nos acercamos siquiera por temas de seguridad. Pero estigmas de del entorno de, pues problemas, Eh culturales Y sí de seguridad que tiene este barrio y que se haga una fiesta, de alguna manera, romper este tipo de paradigmas de del espacio arquitectónico de la ciudad me parece increíble.

ANEXO 7: FRAGMENTO DE ENTREVISTA CON PARTICIPANTE 2:

PEGUNTA 5: ¿De qué manera crees que la identidad generacional influye en la forma en que tú y tus contemporáneos interactúan con estos espacios musicales?

0:19:19.890 --> 0:19:21.660

JULIANA ANDREA ANGARITA NINO

Perfecto, bueno, y ahora

Pues ya como para finalizar me gustaría que me dijeras ¿de qué manera crees que la identidad generacional influye en la forma en que tú y yo nos o sea en que tú y yo interactuamos en estos espacios musicales, por ejemplo, nosotros, ¿qué somos millennials? Como le otorgamos el significado particular a estos lugares? ¿Y qué papel juegan estos imaginarios colectivos en la forma en la que nos apropiamos de los espacios?

0:19:55.800 --> 0:20:1.30

PARTICIPANTE 2

Bueno, siento que para nosotros los millennials.

Especialmente. Incluso para Una generación anterior a nosotros y nosotros es muy importante

La ciudad como identidad más que, por ejemplo, las generaciones siguientes que de alguna manera han sido generaciones un poco más Introspectivas en el hogar, pues O bueno, no en el hogar, sino en en los sitios cerrados.

Más bien, EH, Siento que nuestra generación Y la generación anterior es una generación que creció habitando la calle Para desarrollar su identidad, pues como todas estas culturas urbanas y crecer tiene un sin mucha tecnología, Pues como videojuegos Y cosas que nos encerraron un poco, sino que fue un poco más un crecimiento y una un crecimiento social más de puertas para afuera en la ciudad, siento que para nosotros es muy importante el uso de los espacios públicos de la ciudad y que se puedan usar estos espacios públicos en la música, o sea, o con la música o en la música es super fundamental. Siento que, por ejemplo, la creación de Rock al Parque en Bogotá marcó Estas generaciones de una manera Fundamental incluso para la realización del resto de festivales al parque que tiene la ciudad ha marcado esta generación en cuanto se crea identidad en estos espacios, crea lazos sociales, crea todo su entorno Como cultural Alrededor de la música Y hablo sobre

todo de la de las de las tribus urbanas de la ciudad O sea, si eres rockero para ti Rock al Parque el sábado o el domingo es el día más esperado todo el año y de alguna manera le Tienes una conexión muy personal con el lugar donde se hace, que es el limón Bolívar, o sea, yo me siento supremamente conectada con este parque porque es el lugar que acoge el festival más importante para mí y ahora más El estéreo picnic, que que lo hacen en este lugar.

Me siento que si bien los millennials tienen una conexión muy grande con la música, los millennials de la ciudad tienen una conexión muy grande con la música en la ciudad, como por el desarrollo que fue Eh El desarrollo social que tuvimos de niños y adolescentes, que fue en su mayoría de puertas para afuera, o sea desarrollándonos totalmente con la ciudad.

A diferencia de generaciones, mucho más Recientes que han tenido ya como mucho, de su desarrollo A través de la tecnología a distancia y que de alguna manera se ha desarrollado un poco más en entornos interiores, pues en la casa de los amigos, en la Avenida, tu propia casa, a través de del computador o de redes sociales, incluso yo siento que muchas generaciones Recientes no saben lo que es salir a hacer amigos en la calle, como la generación de los millennials son incluso la generación anterior, eso.

**ANEXO 8: FRAGMENTO DE GRUPO FOCAL CON PARTICIPANTE 3
(ANDRÉS GUEVARA):**

PEGUNTA 2: ¿De qué manera perciben que el consumo de sustancias psicoactivas forma parte de cómo los asistentes experimentan estos espacios?

JULIANA ANDREA ANGARITA 14:00

Claro, y bueno.

Ahora, por ejemplo, en cuanto al a ustedes, perciben que el consumo de sustancias psicoactivas forma parte de cómo los asistentes experimentan estos espacios.

ANDRÉS GUEVARA 14:23

Yo creo que sí, claro.

¿O sea, definitivamente las drogas, EH?

¿Y pues, sobre todo, no sé, drogas como el éxtasis, el ese son sustancias que están muy ancladas al contexto, cierto, entonces creo que el contexto de los festivales, los amigos, el parche, escuchar varias bandas, EH?

JULIANA ANDREA ANGARITA NIÑO 14:38

Claro.

ANDRÉS GUEVARA 14:48

Muy encaminado, o sea, claro que es completamente respetable quien que no lo hace, pero en mi caso, y pues que también he sido usuario de sustancias. Creo que es más que todo desde que llegue a la mayoría de edad, Pues siempre el disfrute de los festivales ha estado atado a diferentes sustancias. Entonces, para mí es algo completamente clave, ¿no?

O sea, como poder usarlas y sobre todo, como poder hacerlo de manera segura. ¿Cierto, o sea, lo que decía Richie, no como poder tener acceso a un baño cercano por tener acceso a hidratación a zonas de descanso, Eh?

Tampoco soy de los que me gusta hacerme adelante, siempre prefiero como hacerme atrás para poder tener espacio para mí y bailar, disfrutar y demás, y para encontrarme con otras personas.

Como siempre, punto en cuanto es mucho más fácil encontrarse con alguien, pues como afuerita que muy adentro metió en la montanera.

No, entonces, tú sí, claro, para mí es clave.

Las drogas en la fiesta festivales.

ANEXO 9: FRAGMENTO DE GRUPO FOCAL CON PARTICIPANTE 4:

PEGUNTA 2: ¿De qué manera perciben que el consumo de sustancias psicoactivas forma parte de cómo los asistentes experimentan estos espacios?

JULANA ANDREA ANGARITA 14:00

Claro, y bueno.

Ahora, por ejemplo, en cuanto a ustedes, cómo perciben que el consumo de sustancias psicoactivas forma parte de cómo los asistentes experimentan estos espacios.

PARTICIPANTE 4 16:08

Para mí también están inmersas en el contexto, más porque son contexto de recreación siempre no.

¿Entonces?

¿Pues no solamente van a estar las sustancias psicoactivas ilegales, sino mucho más las legales van a estar muy presentes en el cigarrillo la nicotina y el alcohol en cualquier tipo, pues de evento festival y en con un poquito de respecto a lo anterior es que me parece Eh?

Qué otro punto, pues clave.

O que yo veo, así como referente.

Ha.

Acá en Bogotá, pues sí, pronto lo estás territorial.

¿Es la plaza de Bolívar que pues claramente también ha sido un escenario de eventos históricos, EH?

No solo políticos, pero si no también así de muchos eventos de rumba de diferentes contextos, no solo electrónica, porque pues ahorita hizo de El del Bronx, pues ya lo pasaron ahí a la plaza de Bolívar que fue el último, pero pues antes también han habido muchos más eventos.